

F
3097
J3
LAC



THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
AT
AUSTIN

~~RESERVE~~

F 3097 J3 LAC

LATIN AMERICAN COLLECTION

LAC

70

✓

ASUNTOS INTERNACIONALES

118 65

EPILOGO

T₂

DE

LA GUERRA DEL PACIFICO

POR

~~EL N. C. S.~~

(BROCHA GORDA)



LA PAZ

IMPRENTA, LITOGRAFIA DE "EL NACIONAL" DE ISAAC V. VILA

22. CALLE CHIQUINOS, 92

1893

*libro
n.º 118*

A BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA

Director de LA NACIÓN de Buenos Aires

Su antiguo amigo y colega

BROCHA GORDA.

Asuntos internacionales.—Epilogo de la guerra del Pacifico.

Territorios de Tacna y Arica.

Tradición, historia, fenómenos geológicos.—Batalla del Alto de la Alianza
y defensa de Arica.

Tratado de Ancón.—El plebiscito—consecuencias.

Cuestión de actualidad.

Quisiera todo el que escribe cautivar la atención de los lectores, multiplicarlos, transmitirles el interés que siente y hallar la resonancia que escritor alguno alcanzara en el mundo. Y es claro: si no creyera que es interesante el asunto de que trata y no contara con ser leído y aun aplaudido en su intención, en sus fines y hasta en la expresión de sus ideas, no escribiría, seguramente. La modestia es la apariencia; la realidad está en la honra ó provecho que se espera, lo que por otra parte es perfectamente natural y perfectamente lógico.

Este preámbulo explica el empeño que procuraremos desplegar para mover el interés de los lectores americanos ó no americanos, que estudian la marcha de las sociedades políticas, las transformaciones que origina la guerra, la mudanza de límites territoriales, la supremacía de la fuerza y

las variaciones del mapa realizadas bajo la poderosa y siempre imperante ley del vencedor, hácia este trabajo que emprendemos hoy en servicio de la historia y para cabal conocimiento de antecedentes que en breve serán preciosos, cuando entre en el juego de las discusiones públicas el asunto cuya resolución ha esperado diez años, plazo estipulado que expirará en el presente de 1893.

Muy natural es que estemos al corriente de cuanto ocurre, no ya en las naciones mas cultas y mejor organizadas de la Europa, sinó en las más apartadas y semi-bárbaras del Asia y el Africa. El perfeccionamiento en la navegación, los cables submarinos, los progresos de la prensa, las relaciones de comercio, los prodigios de la industria, todo nos acerca obligando á vivir á cada uno con los sucesos del dia y del momento, en todas partes, ménos en nosotros mismos, es decir, ménos entre americanos cuya historia, sobre no ser conocida popularmente, mueve secundario interés, agitándose á períodos y solo cuando el incendio y la devastación caen sobre alguno de los que llamamos hermano para el efecto de acompañarlo con nuestro sentimiento en la victimación realizada por algun otro de la familia.

Sin visos de reproche y solo porque viene á cuento, notamos que habrá muy pocos entre nosotros que desconozcan el nombre de los soberanos y jefes de los estados del viejo mundo, de las familias reinantes, de los personajes en la política, en las ciencias, en las artes, en la fortuna, en el sport y hasta en el crimen. Dificilmente habrá

quien ignore la cuestión del Zambese y del Heli-
goland y de Tánger, pero es seguro que habrá de
contarse á millares los que no conocen, ni tienen
idea de lo que pasa en Méjico, lo que ocurre en las
repúblicas de Centro América, y mas cerca aún, de
lo que ha de ocurrir en breve plazo con los terri-
torios de Tacna y Arica, situados en la costa pe-
ruana del Pacífico, y cuya posesión se disputan tres
naciones, siendo dos de ellas tan vecinas nuestras,
que solo tienen los Andes como pared medianera
y sentimos su vida, sus palpitaciones y hasta el
calor de su sangre turbulenta que solo la pruden-
cia refrena y neutraliza.

De eso se trata, esto es, de explicar lo que son
Tacna y Arica, rastreando su origen, haciendo su
historia, sin omitir las transformaciones obra de
los sacudimientos de la naturaleza, y las transfor-
maciones, obra de los hombres y de la guerra, su
posición geográfica, su importancia terrestre y ma-
rítima, su influencia respecto á los estados que se
los disputan, sus dónes naturales que hacen, espe-
cialmente de la segunda, uno de los mas hermosos
verjeles que salpican la vasta región inter-tropi-
cal, y finalmente, el estudio sereno, desapasionado,
concienzudo del porvenir que les depara el desti-
no, segun pertenezcan á Chile ó vuelvan al Perú,
su antiguo dueño, ó lleguen por combinaciones de
la diplomacia, á formar parte de Bolivia que las
alimenta, sostiene y les dá exclusivamente la vida.

No se crea por lo dicho que solo interesa ese
conocimiento á los estados que entran en activo
juego. Las transformaciones en América tocan de

reflejo á todos los países del continente, ya se estudie el asunto desde el punto de vista de la influencia moral que sobre todos ejerce, ya desde el punto de vista de aquella ley de equilibrio americano tan sábiamente defendida por los publicistas de conciencia y con tanta astucia lanzada á un ridículo que no le alcanza, por los políticos que defienden la conquista y colocarían el merodeo en el rango de las buenas prácticas del derecho de gentes.

Nada se realiza en el mundo impunemente, y las reglas internacionales, buenas ó malas, se radican conforme al juicio universal que, ó las condena y destierra de lo consuetudinario, ó las acepta y consagra como código obligatorio á la dignidad de los pueblos honrados. Por eso conviene que la mirada de todas las naciones converja hácia aquellos territorios y que el mundo asista á la decisión que ha de fundar una nueva práctica del derecho internacional americano; que los pueblos se preocupen del porvenir estudiando en el gran libro que el infortunio ha abierto en un país dado para ejemplo y enseñanza de los demás.

Por otra parte, en el mundo físico la ley del equilibrio no es vana, y si la mayor densidad de algunas columnas atmosféricas desquicia el orden de la naturaleza y produce los vendavales y los aquilones, la densidad territorial por la conquista no puede ménos que desquiciar ó siquiera conmovér rudamente á todas las regiones del continente en que tan sério fenómeno se ha realizado una vez y habrá de repetirse si no hay fuerza extraña que

lo detenga. A lo ménos, vale estudiarlo, siquiera no fuese más que para evitar el sonrojo que produce en el día la ignorancia de los más raros sucesos y de los más vulgares que la prensa universal lanza al conocimiento, ejerciendo en los espíritus una perpétua tiranía.

En resúmen, no solamente procuraremos estudiar el origen de estos pueblos con su tradición y su historia y las transformaciones geográficas y políticas que en ellos se han operado, sinó tambien, amenizando dentro de la verdad estricta, narraremos los episodios de la última guerra, los desastres de una alianza internacional poco afortunada, ciertas particularidades de la notable batalla de los aliados contra Chile en los altos de Tacna y la heroica defensa de Arica que realizada por la guarnición peruana, basta por sí sola y sobra para vindicar al Perú cuando se juzga su patriotismo, su abnegación y sus sacrificios.

Arica, ciudad y puerto de los más antiguos del mar Pacífico, y como todos los que arrancan su origen desde el idilio pintoresco llamado dominación incáica que ha llegado hasta nosotros entre tiernas endechas quichuas y relaciones nebulosas en que resaltan los *quipos* emblemáticos, los irisados plumajes, las áureas ajorcas, los flexibles arcos y las flechas con punta de pedernal y alas de pluma; como todos los que han participado de la tímida superstición indígena y del caballeresco porte y religioso fanatismo castellanos, tiene sus tradiciones, sus leyendas y su fisonomía propia, conservada al través de muchísimos siglos y de no po-

cas catástrofes en que han tenido su parte los elementos y los hombres.

Yahuar Huaccac, inca, conquistador y guerrero, había soñado que en regiones lejanas de su imperio, desconocidas aún, y hacía el lado en que el luminar del día, su dios y padre, ocultaba su faz y enviaba las sombras protectoras del sueño y del reposo, existían pueblos vigorosos no reducidos á su dominación y fértiles valles cuajados de vegetación y de exquisitos nunca vistos frutos, como en el Canaan de los israelitas soñado por Moisés; que más allá se escalonaban cadenas de Montañas con las sienes de nieve y el penacho de llamas y de humo que denuncian al espíritu del mal alimentando el fuego destructor en los antros terrestres; que entre las mesetas de esos gigantes y en las quiebras, lomas y hondonadas, habitaban tribus diversas que hablaban lenguas extrañas y poseían el secreto de los tesoros guardados por Pachacamac en los senos de granito.

El inca de las lágrimas de sangre (Yahuar Huaccac), teniendo sus sueños como revelación divina, había organizado una expedición que atravesara serranías, doblara cumbres, surcara ese Caspio americano llamado Titicaca hasta el canal abierto por la naturaleza para dar salida á sus aguas á once mil piés sobre el nivel del mar y formar otro gran lago en el corazón de la altiplanicie, conocido por el nombre de Pampa-Aullágas. El derrotero del monarca conquistador estaba trazado siguiendo el declive occidental de los Andes hacía el término del mundo que él fijaba en las

orillas del inmenso depósito de aguas salobres en cuyos confines tocaban los dos elementos, reflejando la imagen del Dios creador que resplandecía en el uno y reposaba en el otro.

Con brillante séquito de guerreros, de altos dignatarios y de bellas ñustas, partió el inca de la sede cuzqueña, sembrando á su paso la simiente de la organización social y política, las magníficas calzadas, los portentosos viaductos, los puentes atrevidos y las cuchillas abiertas en la roca y suspendidas en el abismo, y que aún perduran á despecho de los siglos, revelando el animado esfuerzo de millares de brazos y la pasiva obediencia de compactas masas vivientes convertidas en humana poderosa máquina de fuerza y de movimiento.

Cruzó las sierras y los llanos conocidos después por Huamanga y Puno; redujo á los aimaraes de la orilla derecha del gran lago, llegando hasta Tiahuanaco, en donde dejó, como los Faraones, monumental huella en el famoso panteón de sus *chullpas* que, como las momias del Egipto encerradas en las pirámides, yacían rígidas, enjutas, íntegras, con sus vestes talaras, sus vasos de uso, sus adornos preferidos, sus preseas más caras, teniendo por tumba maravillosos monolitos de incalculable pesantez y tamaño, pulimentados y esculpidos con jeroglíficos y figuras en que promiscuan contornos humanos con creaciones fantásticas que remedan los dragones y quimeras de la mitología greco-egipcia.

A mediados del siglo XIII, trasponía el poderoso Yahuar Huaccac las cumbres nevadas que

reverberan á los rayos del sol poniente, seguía los torrentes que se desatan en quebradas paralelas hácia el océano, y reduciendo las tribus que le salían al encuentro en pleito homenaje, conquistó el territorio que bañan las salobres hondas, llamando al puerto habitado por pescadores entre fértiles huertos *Arí Kai*, que significa *esta es*, respondiendo al sueño misterioso que le dió la visión de sus triunfos con la posesión de aquellas verdes tierras, besadas por el azul del mar y cobijadas por el azul del cielo.

Piérdese la tradición incáica y reaparece *Arí Kai*, vertido ya al castellano *Arica*, en las primeras exploraciones de los conquistadores del Perú, por las costas del sud. Llamóles la atención su excelente puerto y bahía de, profundidad sobrada para naves de gran calado, su población organizada, la feracidad de sus valles próximos, en donde existían ya los caseríos de Chaca, Lluta y Azapa, y la configuración de su suelo que se extiende en larga distancia hácia el oriente, en donde le sirven de muralla los Andes, destacando sus más elevados picos coronados de nieve perpétua, llamados Cachapallani, Schama, Parinacotas, Tacora y otros varios.

Al otro lado hallábanse sin duda, los grandes depósitos del preciado metal que tan abundantemente lo encontraron en los templos indios de Caxamarca y el Cuzco. Los naturales hablaron

de riquísimas comarcas esparcidas hácia el costado por donde nace el sol, y era menester fijar un punto de partida y un centro de operaciones para la exploración de éstas y su incorporación á la conquista.

Arica fué en consecuencia uno de los primeros pueblos indios de esa costa transformados por los españoles en aldea castellana y más tarde en ciudad, construyéndose su primer templo bajo la advocación de San Márcos. Punto de partida para las exploraciones hácia el corazón de la América, conocidos despues por Alto-Perú, creció en importancia y llegó á poseer notables edificios, contándose entre ellos los conventos de San Francisco, La Merced y San Juan de Dios, fundados en el período comprendido entre 1615 y 1637, segun rezan las crónicas consultadas al efecto.

La perpétua combustión que en el seno de algunas moles se alimenta en la larga cadena occidental, comenzando en el activo volcán de San Pedro de Atacama y siguiéndole el Isluga, el Candarave y el Corumas hasta el imponente Misti que alarma de continuo á la bella ciudad de Arequipa, ha producido en diferentes siglos verdaderas catástrofes geológicas, siendo Arica una de las víctimas con preferencia escogidas para la desolación y la ruina.

En 1605 un terremoto lo destruyó por completo, reedificándose de nuevo para ser de nuevo arrasado por diversos sacudimientos; y como si no bastase la obra de la naturaleza contra la obra de los hombres, armó el destino á estos mismos, los

embarcó en una de las más veleras naves piratas al mando del inglés Dampier conocido por Guasin, y á fines del siglo 17 los lanzó como una plaga sobre las costas peruanas, tocándole la peor parte á la renacida y floreciente Arica, que fué saqueada, arruinada y dispersada, sucediendo el abandono más completo durante larguísimo período.

Dícese que estancadas las aguas, viciada la atmósfera por los residuos y despojos de animales, hízose insalubre é inhospitalaria, imposibilitando una rápida y nueva reconstrucción. Pero esta se llevó á cabo sin embargo y renació el pueblo más vigoroso. Los huertos, los jardines, los sembrados conocidos generalmente por las *chimbas*, hacían de Arica un amenísimo puerto, único de su especie entre la inmensa extensión de la costa árida y monótona hasta Chile.

Pero eran demasiados doscientos años de tranquilidad y reposo para esta víctima constante de las veleidades terrestres, y el 13 de Agosto de 1868, tierra y agua y fuego cayeron como nueva calamidad para destruirla.

Aquí han de servirnos nuestros recuerdos é impresiones personales para mostrar á rasgos todo el horror, el sublime horror de aquellos siete minutos de oscuridad, de epilépticos sacudimientos de la tierra, de concentración del mar y de su elevación en enormes montañas para caer como asoladora manga sobre la ciudad de ruinas.

Nunca la naturaleza se habia mostrado ni más falaz ni más seductora. Límpido el cielo reflejaba ese azul turquí de los trópicos en las movibles aguas del océano como nunca tranquilo. Los vientos dominantes parecían responder á la quietud general no desatando ni la más ligera brisa, y en la tierra el verde oscuro de las higueras, los parrales y las cepas, brillaba á los rayos del sol que parecía sonreír gozando con aquel nunca visto concierto de elementos en desacuerdo continuo. Esa calma precursora de lo desconocido, fatigaba no obstante á los hombres y mantenía en desasosiego constante á las béstias. La faja amplia y compacta de las aves que con exactitud cronométrica y en peregrinación interminable cruzaba tranquilamente desde la tierra firme hasta la isla de Alacran, no se habia presentado en esta ocasión, aumentando la secreta inquietud que dominaba universalmente, pues si es verdad que los cataclismos sobrevienen dentro de lo imprevisto, no es ménos verdad que hay una fuerza extraordinaria, incomprensible que empuja á sentir la presencia próxima del mal, precisamente en el pleno goce de los bienes y en el más perfecto equilibrio de los elementos y facultades naturales y humanas.

El día de invierno casi sofocante habia refrescado de pronto y el cielo se habia cubierto de nubes sombrías que no podían anunciar agua ni granizo en aquella región que no conoce la lluvia, ni ha sentido jamás estallar el trueno. A las cinco y pocos minutos de la tarde sobrevino la oscuridad aterradora; la atmósfera gris se habia torna-

do negra y las tinieblas invadían una larga zona. De pronto comenzó á vacilar el suelo sin ruido alguno; los edificios se mecían á compás y las campanas de los templos tañían solas. Un ruido lejano pero extraordinario, aterrador, se aproximaba estallando despues en detonaciones imposibles de señalar al lenguaje humano y que coincidían con el oleaje de la tierra que parecía fundida al calor de sus senos ígneos y culebreaba, sacudiendo con furor edificios y hombres, como se debate una monstruosa serpiente para sacudir de su piel los objetos extraños. Siete minutos de angustia infinita durante los cuales los arroyos remataban su propia corriente, la superficie sólida se abría en grietas, las lomas vecinas manaban líquidos betuminosos y las casas y los templos caían con estruendo, levantando polvaredas que convertían la ciudad en un verdadero antro.

Despavoridos y saltando sobre ruinas corrían hombres, mugeres y niños ganando el campo los que no habian sido aplastados á su paso ó sepultados en los primeros derrumbes, ó asfixiados por el polvo ó abrasados, en fin, por el incendio que habia surgido en diferentes puntos, para alumbrar con siniestras llamas todo el horror de aquellos antros infernales.

Más al cabo el mundo no habia salido de sus ojos; la naturaleza daba trégua á sus iras y preparaba el epílogo que habia de consumir la obra sin dejar rastro, á no ser para que se remedara la inscripción latina: aquí fué Arica.

Durante veinte minutos el mar comenzó á re-

cogerse abandonando sus cuencas y su lecho próximos á la costa. Recogíase en sí mismo y se hinchaba y crecía en elevadas montañas que se confundían con el azul del cielo, remedando en su corte perpendicular remolinos, espirales, cavernas y picos, que luego avanzaban con una magestad tan horrenda, que el grito de: al Morro! al Morro! resonaba más bien que como un aviso, como el más angustioso de los alaridos que la pequeñez humana lanzaba á presencia de lo terrorífico y lo sublime.

Las aguas así suspendidas aproximáronse hasta la orilla y desgajándose desde la altura que parecía dominar la de los cerros próximos, cayeron en inmensas trombas sobre la ciudad en ruinas, envolviéndola por sur y norte en el remolino más monstruoso de que tengan memoria los anales históricos del planeta.

El Morro tradicional habia cobijado á los prófugos de la tierra, del fuego y del agua. Imposible describir la soledad de esos seres agrupados, sin conciencia de sí propios, sin conciencia de la realidad, atónitos, embargado su espíritu, ofuscada la mente, é incapaz el corazón de llorar las pérdidas y lamentar la muerte de los seres queridos y no presentes, porque la enormidad del inconcebible espectáculo y lo inverosímil de la salvación propia, mataban toda sensibilidad consciente y toda noción racional.

Imaginad, no obstante, si ello es posible, cuánto más acopiarían horror y soledad y desventura cinco infelices que trabajaban en las fortifi-

caciones de la isla del Alacran, que se sacudía vertiginosamente durante el terremoto y se cubría y descubría por las olas, felizmente sin choque que los arrastrara arrancándolos de sus asideros, durante tres mortales días, asediados también por el hambre, el frío y la desnudez.

Las familias y las personas que ocuparon las embarcaciones al comenzar el temblor de la tierra, cruzaban durante aquella noche de tinieblas, arrebatado el esquife como una pluma, la ciudad destruida, rozando las murallas que quedarán en pie, pasando como sombras por entre columnas que el empuje de la corriente echaba al suelo, castigando la temeridad de resistirse al sacudimiento y, en fin, arrastrando á su paso árboles arrancados de raíz y cimientos sacados de cuajo. (1)

Al siguiente día flotaban en las aguas, aún turbulentas, toda clase de despojos, muebles, artículos de comercio, techumbres, imágenes arrancadas de los templos y algunos cadáveres mutilados. Un limo espeso levantado del fondo del mar había cubierto la ciudad en donde se salvaba solitaria y triste una secular palmera escapada á la borrasca. Las embarcaciones menores fueron arrojadas casi hasta la base de los cerros, y los buques de guerra Watheree, de los Estados Unidos, y la América, del Perú, quedaron en tierra intactos.

(1) D. Juan Vaccaro, salvado así despues de un vertiginoso viage sobre una chata arrebatada por el mar, puede como nadie dar testimonio personal de aquella inolvidable excursión fantástica.

tos y con su tripulación sin menoscabo, á distancia de 800 metros de la playa.

Nunca pudo hacerse la estadística completa de los muertos, pero se aseguró entónces que pasaban de 3,000 y de muchísimos millones las pérdidas de intereses y propiedades. El sacudimiento terrestre recorrió toda la zona cerrada por la cordillera volcánica desde Atacama hasta Arequipa, que fué destruida en gran parte. Tacna, á 70 kilómetros de Arica y unida á ésta por un ferrocarril que fué el segundo de los establecidos en el Perú, pudo resistir el terremoto, no sin grandes pérdidas, por virtud de su construcción ligera, flexible y capaz de mantenerse como se mantuvo, blandiendo sus edificios durante siete minutos mortales.

Véase, sin embargo, lo que puede el escarmiento entre los hombres y el poder del tiempo que borra las más hondas impresiones, degasta el dolor, debilita la memoria y embarca á los humanos en las mismas frágiles naves para correr iguales peligros, cobijados únicamente por lo incierto y alentados por esa fuerza siempre latente llamada la esperanza. Pompeya y Herculano no han servido para aleccionar á los napolitanos que viven entre los estremecimientos de la tierra, en las faldas del Vesubio cuyas llamas les sirven de lumbrera. En el Japon y en Java cada terremoto que destruye es precursor de una reedificación más floreciente, y ahí tenemos, sin salir de casa, á la bellísima ciudad de Mendoza renaciendo cada vez más lozana y

sonriente de entre las propias ruinas producidas por los iracundos sacudimientos de la tierra.

El amor al suelo, las necesidades de la vida, el afán de las riquezas, todo, en resúmen, empujó á los habitantes de la extinguida Arica, á levantar primero frágiles viviendas, apartando las ruinas y calculando cada cual la ubicación de su antigua morada. Pronto siguieron las construcciones de madera, intervinieron el estado y el municipio para delinear sobre la antigua planta calles y plazas y edificios nacionales, y se restableció el puerto sobre aquellas aguas llamadas del Pacífico y se reanudó el ferrocarril destruido en parte, reponiéndose el material rodante, la estación y sus factorías.

Arica es nuevamente una ciudad alegre, limpia y pintoresca, con la campiña al fondo, su iglesia de hierro y su elegante aduana que produce poco más ó poco ménos, dos millones de pesos anuales, de cuya distribución entre Chile y Bolivia nos ocuparemos en otra parte de este trabajo, así como de su heróico 7 de Junio de 1880, cuando empapó con sangre el suelo y ofreció el sacrificio de sus más caros hijos, ántes de caer en manos del conquistador victorioso.

Para terminar este capítulo, fijaremos su posición astronómica entre los $18^{\circ} 28''$ y $05'$ de latitud sud y $70^{\circ} 20'$ de longitud occidental del meridiano de París, siendo este el puerto de tránsito para el comercio boliviano del norte, constituyendo cabeza de distrito y partido judicial.

Haremos ahora conocer á Tacna, á grandes rasgos. Su posición astronómica no varía respecto de la de Arica sinó en 8' de latitud y 7' de longitud, extendiéndose la ciudad en suave pendiente á lo largo de un valle, cuya anchura máxima no pasa de tres kilómetros y cuyo largo mide más de 35, á contar desde las alturas de Pachia que reciben ya el fresco ambiente de las lejanas cumbres andinas, hasta los términos de Para, refrescados por las brisas del mar á seis leguas de su orilla.

Nada más pintoresco que ese valle separado en dos zonas, por el Caplina que corre bullicioso derramando vida, verdor y lozanía en ambos costados y sirviendo á las necesidades de la población y la agricultura, mediante una sábia y admirable distribución de aguas, á cuya virtud se olvida su escasez, y se obtiene una feracidad tropical, verdaderamente increíble.

Sus huertas, cargadas de frutas que no tienen rival en la América; sus jardines cuajados de flores de Enero á Enero; sus eras que ostentan las más variadas legumbres y hortalizas; sus cuadros de pastales que ofrecen hasta doce cortes por año; su clima caluroso temperado por las brisas; su atmósfera saturada de emanaciones voluptuosas; su cielo sereno y sin tempestades y sus nieblas matutinas que á los primeros rayos del sol se levantan como cortina de gasa extendida cariñosamente durante la noche para dejar en su retirada coronadas de diamantes las hojas, las flores y el musgo de la pradera, hacen de Tacna una de las más bellas ciu-

dades del continente y una de las más originales poblaciones en la costa del Pacífico.

Indígena de origen llamábase Tacana. Los indios tenían allí establecidos varios aillos sometidos á la dirección de un cacique que residía en Para, llamándose aquellas reparticiones ordenadas y sujetas á un régimen culto, Conchama, Capacnica, Collana, Poccollay, etc., siendo poco ántes de la conquista engrandecidas y mejoradas por acción directa del inca.

El virey habia adjudicado estos aillos en encomienda á los españoles pobladores de Sama, pero estos mismos, hostilizados por el clima inhospitalario de aquel valle, alcanzaron de la autoridad real su traslación á Tacana, que tomó el nombre de Tacna y se puso bajo el patrocinio de San Pedro apóstol. De entónces data su prosperidad agrícola, su feracidad inagotable y aquella sábia distribución de aguas que no deja un palmo de terreno aprovechable sin el correspondiente riego.

Pero la importancia de Tacna comienza principalmente desde la iniciación de su comercio con las regiones del Alto-Perú.

Parece que en tiempo del rey don Francisco de Toledo, se descubrieron en Huancavelica, los famosos depósitos de azogue (metal de color blanco, sumamente pesado, que se mantiene naturalmente fluido) que tan importantes servicios presta en la amalgamación de los de plata. Por entónces eran ya notables por su riqueza las minas de Potosí, cuyos metales, aunque fabulosamente ricos, resistían al único sistema de beneficio conoci-

do á la sazón. El azogue venía á resolver la dificultad y el virey en persona trasladóse al asiento potosino, no sin dejar establecido el comercio y conducción del azogue por el puerto de Arica, con lo cual Tacna se hizo el centro de negocios y paradero de las récuas de mulas y de los numerosos rebaños de llamas que bajaban de la altiplanicie á trasportar, no ya solamente el azogue, sinó toda clase de mercancías.

Poco á poco fueron descubriéndose en sus serranías vetas de cobre, plata, hierro magnético y plomo, y en algunos lugares como el Tacora volcánico, encontróse azufre puro depositado en gran cantidad por las erupciones de pasados siglos.

La constitución geológica de estas serranías permite á Tacna gozar de diversas vertientes de aguas medicinales y de algunas termas, entre las cuales es notable la de Caliente, en donde existe un establecimiento para enfermos.

Todas estas ventajas que le dan aquella originalidad de que hablamos ántes, si bien especiales y de mérito inestimable, no alcanzarían á darle vida propia, ni aun unidas á su producción agrícola que, singular en calidad y precio es limitadísima en su cantidad, sirviendo al consumo de su propia población y las cercanas hasta las regiones de Pisagua é Iquique, si no viniera en su auxilio el comercio de Bolivia, que alimentado activamente desde el coloniaje, ha derramado capitales propios y atraído capitales extranjeros para fundar casas dedicadas á todo género de negocios entre Europa y Bolivia, haciendo prosperar la ciudad

de Tacna tan rápidamente, que hace tiempo está colocada entre las primeras del Perú, poseyendo la segunda en esa república, los beneficios del ferrocarril y del vapor.

Tacna tiene también sus tradiciones incaicas; sus termas volvieron la salud quebrantada por larga travesía entre moles andinas, al inca Yanar Huacac. Allí dejó este monarca, dotado de grandes condiciones para gobernar y civilizar á su pueblo, una de sus más hermosas fiestas, uniéndola al cacique en prenda de particular cariño y en recuerdo de los felices días pasados en las praderas de *Ccapacninqui* (dirante rico) y Poccóllay (madura siempre.) Por eso se han considerado nobles entre los aborígenas los que han ejercido el cacicazgo aun durante el coloniaje y hasta en los primeros tiempos de la república.

La situación intermedia de Tacna entre el puerto de Arica abierto al comercio del mundo y la República de Bolivia acostumbrada á ver en esa ciudad su plaza mercantil, su depósito proveedor y el gran centro en donde se prepara y dispone el envío al extranjero de sus productos naturales y elaborados, ha propiciado la fundación de casas extranjeras y la formación de una colonia numerosa compuesta de europeos. La mezcla de los tipos oriundo y forastero ha dado muy bellos ejemplares criollos en el sexo femenino—que participa de la regularidad de las líneas caucásicas y de la morbidez de las formas indígenas, así como de una claridad de juicio unida á una ternura

de sentimientos que hace de las tacneñas las mujeres más seductoras del Perú, en donde parecen serlo todas y sin disputa alguna las que vieron la luz en la Sevilla indiana llamada Lima.

Ese cruzamiento de razas ha dado también energía y fuerza á las varones, que se han distinguido siempre como valerosos y patriotas. A la cabeza de estos figura el nobilísimo D. Francisco Antonio de Zela que en 1811 tuvo la audacia de secundar los gritos de independencia de Chuquisaca, La Paz y Buenos Aires, arrojando la simiente de la libertad en su patria y afrontando las persecuciones, el presidio y la muerte.

Más tarde ayudó eficazmente el pueblo de Tacna á la expedición patriota conducida por Miller y Wilkinson, así como envió muchos de sus hijos á la expedición argentina dirigida por Castelli y comandada por Balcarce hasta su descalabro en Huaqui al frente del astuto realista general Goyeneche. Siempre en la causa americana Tacna al lado del Alto Perú y la Argentina, luchando por las ideas iniciadas por la Junta Tuitiva el año 9 en La Paz y ampliadas y consignadas como credo de la redención liberal en la junta del año 10 en Buenos Aires.

En las convulsiones políticas que se siguieron proclamada la independencia y establecida la república, Tacna no ahorró jamás la sangre de sus hijos en servicio de la buena causa, así como no fué escasa en hombres de elevado talento y singular importancia. Uno de esos varones que debería llamarse no solamente el sábio como le apelli-

dan, sinó tambien el justo y el santo, era el doctor don Francisco de Paula G. Vigil, sacerdote católico, que alejó del altar y de la cátedra la nunca justificable venganza de la curia romana condenando sus escritos y pretendiendo marcar con fuego sus ideas avanzadas en libros en que se combatía el poder temporal de los papas y se mantenía los derechos de los gobiernos contra las pretensiones de los obispos. Nunca se reunieron en un solo individuo como en Vigil, la pureza del cuerpo con la magnanimidad del alma, la sanidad del corazón, la dulzura del carácter y á la vez el profundo conocimiento de ciencias filosóficas, políticas y teológicas con una inocencia y desconocimiento del mundo tales, que hacían de él un niño anciano, incapaz de los arrebatos de la ira, de las sensualidades y apetitos de la materia en medio de la ignorancia absoluta de sus propios merecimientos y de las necesidades de la vida, porque era modesto sin esfuerzo y sóbrio sin sacrificio, de manera que tomaba el diezmo de sus rentas para sí y entregaba el resto á los necesitados y á los pobres. . . .

La ciudad de los contrastes, como la llamó Humboldt, aludiendo á la originalidad de su suelo que participa de sierra y costa, donde las razas promiscuan, donde el clima tórrido recibe el cierzo frio de las nieves andinas, en donde el agua es un tesoro sábiamente distribuido y la vegetación forma un bosque que no ofrece maderas ni á la construcción, ni á la combustión; la ciudad de los contrastes hizo como tal, memorable este dicho atribuido á sus propias hijas.

Tacna la bella
Rio sin agua,
Monte sin leña.

Pues bien, esa ciudad y los distritos próximos con el puerto de Arica y con todo lo que despues fué provincia litoral de Tarapacá, pertenecía durante los diez primeros años de la vida independiente peruana, al vasto y extensísimo departamento de Arequipa. Débese á la iniciativa del general Santa Cruz, presidente de Bolivia y protector de la confederación Perú-boliviana, la separación de estos territorios con más los de la antigua y riquísima provincia de Moquegua, constituyendo un nuevo departamento que tomando el nombre de esta última, tenía por capital á Tacna. Más partidarios tuvo Santa Cruz en Moquegua donde el retrato de la familia, que tenia todos los humos reales, se ostentaba en sus salones más aristocráticos y en Tacna, que en el propio país de su nacimiento en donde ejerció la presidencia constitucional durante largos años dejando gloriosa memoria como político, como legislador y como hombre de mirada que abarcaba ámplios y lejanos horizontes.

Tal era la situación de los territorios de Tacna y Arica cuando estalló la guerra de la alianza contra Chile. Necesitamos capítulo aparte para referir los episodios precursores de la caída de ámbos y su cautiverio durante los diez últimos años.

Ni los primeros contrastes sufridos por el ejército de los aliados, ni la ocupación completa de la provincia de Tarapacá con los puertos de Iquique y Pisagua, ni en fin, la pérdida del acorazado peruano Independencia, habian logrado defallecer los ánimos y matar la fé en el éxito final de la contienda, entre los pueblos que sostenian la guerra con Chile. La primera ocupación del territorio peruano se contrapesaba por la heroica defensa de Pisagua, durante el famoso dia 2 de Noviembre de 1879; la del litoral boliviano con la valerosa acción de Calama y el Triunfo de Tumbillos; el desastre de San Francisco por la sangrienta batalla victoriosa para los peruanos en Tarapacá, y en fin, la pérdida del Independencia por el hundimiento de la corbeta chilena Esmeralda y otras ventajas marítimas adquiridas en el trascurso de tiempo empleado por los chilenos en mejorar y reforzar sus naves y preparar un plan de ataque que utilizara su poder inmensamente superior al peruano, y que hasta entónces no habia dado señales apreciables á no ser en sentido poco satisfactorio para su orgullo nacional.

Lo que sacudió hondamente los espíritus, hirió de lleno en el corazón y marcó los rumbos de la guerra, fué la toma por los chilenos del Huáscar, es decir de ese casco informe, desmantelado, cruzado de boquetes abiertos por las bombas, cuajado de sangre y sembrada su cubierta de despojos humanos palpitantes, entre los cuales quedaban apenas los precisos para no dudar del sacrificio de cinco de sus comandantes, desde el nobilísi-

mo Grau hasta el último de sus sobrevivientes, el simpático Gareson.

Libre ya el mar de ese importuno que habia llegado á convertirse en fantasma que aparecía y desaparecía, apresando embarcaciones, amenazando puertos y obligando á la escuadra chilena á conservar convoy, sin atreverse á proseguir la campaña terrestre, y alentado el vencedor con esta adquisición moral más que material inapreciable, pudo abandonar sus reales de Antofagasta y Valparaíso y preparar la expedición conquistadora de Tarapacá.

Reconcentrado el ejército invasor, dispuso varias exploraciones destinadas al reconocimiento y fijación de lugar para un segundo asalto, tales como el desembarco en Ilo de quinientos á mil hombres, á las órdenes del coronel Aristides Martínez, que invadió hasta Moquegua, tomando por sorpresa el ferrocarril y retornó á la costa sin combate alguno; la expedición que partió para Pacocha el 24 de Febrero del mismo año y la que se desprendió de este último punto sobre Mollendo, para producir el inútil é inhumano incendio de aquel puerto. “En la mañana del 11 de Marzo y á la ténue luz de la alborada presentósele (al coronel Barbosa, jefe de la expedición), un espectáculo de horror: la orgía de un ejército desbandado entre las llamas y las cenizas de un incendio,” dice el ilustrado historiador chileno don Benjamin Vicuña Mackenna, y añade: “el incendio ayudado por un fuerte viento, fué adquiriendo proporciones colosales, iluminando con sus siniestros y rojizos res-

plandores las cumbres vecinas y la inmensidad del océano"...“De lo que pasaba entre los soldados nos dispensamos de hablar; culpóse al regimiento N.º 3.º de los mayores excesos—es evidente que no hubo de parte de sus jefes y oficiales ni la firmeza ni la previsión debidas, mucho ménos la vigilancia indispensable en tales casos.” (Autor ya citado.)

“El incendio continuó durante toda la noche del día 10 al 11 y á la vez que ardía Mollendo, rojos resplandores se distinguían por Islay y Mejía. Estos tres puntos eran en esos momentos inmensas hogueras.” (*E. Hempel*—correspondencia al “*Ferrocarril*” de Santiago.)

“El juéves y viénes (11 y 12 de Marzo) el incendio continuó—y también la destrucción de la estación. El viénes *se permitió* (á la tropa) saquear la parte de la aduana que estaba sobre el muelle y contenía muchísimas mercaderías y licores.” (Carta del presbítero chileno *Eduardo Fabres* á su madre fechada en Pacocha, 17 de Marzo, y publicada por el vicario de Santiago, José Ramón Astorga, con el propósito de desmentir las afirmaciones del cura de Mollendo que culpó á los capellanes chilenos el presenciar las danzas sacrílegas de los soldados con las imágenes de los altares.)

Miéntras los expedicionarios de Mollendo se incorporaban al cuartel general en Pacocha, se desprendía de ese mismo punto el general Baquedano con dirección al Hospicio y luego á Moquegua, que fué tomada por la división chilena des—

pues del atrevido ascenso al cerro de los Angeles y de la batalla que le dió el triunfo.

Sin que esto importase el cumplimiento de un plan definitivo ó de un rumbo determinado, servía, no obstante, para despejar esa región de enemigos y preparar la marcha sobre Tacna, en donde se hallaba concentrado el ejército perú-boliviano. No seguiremos punto por punto el paso de las legiones invasoras; bastará á nuestro propósito indicar que divididas en dos fracciones que debían avanzar la una por tierra, por la via de Locumba á Sama, y reembarcarse la otra para proseguir por mar la ruta paralela, tomando tierra en el puerto de Ite el más próximo al campamento enemigo (50 kilómetros), se reunieron ambas en el último valle citado, no sin soportar toda clase de penurias, llegando muchos de sus soldados hasta el suicidio, enloquecidos por la sed en aquellos médanos, al rayo del sol que en otoño brilla sin nubes y convierte en planchas candentes las estepas y los llanos.

Antes de la completa concentración de fuerzas invasoras, hubo dos encuentros parciales entre destacamentos enemigos. Albarracin, guerrillero tacneño tenido como valeroso y astuto, cayó en Locumba sobre un destacamento chileno y lo destrozó completamente. En venganza, el coronel José Francisco Vergara, chileno, á la cabeza de 500 soldados de caballería de línea, sorprendió á

Albarracin pocos dias despues en Buena-Vista (valle de Sama.) La refriega fué encarnizada y la victoria cupo al número, quedando la mitad de la fuerza peruana sobre el campo, miéntras los “vencedores perseguían á los fugitivos sin darles un instante de descanso, acuchillando á todos los que se ponían al alcance de sus armas.” (Barros Arana, “Historia de la guerra del Pacífico”, pág. 259.)

Entretanto en el campo de los aliados se habían realizado muchos acontecimientos. Depues to en el Perú el general Prado su presidente y proclamado dictador el coronel doctor Nicolás de Piérola y depuesto en Tacna por el ejército el presidente de Bolivia, general Daza, á quien reemplazó en la presidencia el general Narciso Campero, las fuerzas peruanas y bolivianas eran respectivamente mandadas por el contra almirante Lizardo Montero y el coronel Eliodoro Camacho. Estaba estipulado que el mando de ámbos ejércitos corresponderia al presidente de la república en cuyo territorio maniobrasen, y á falta de éste, al de la aliada que estuviese presente. Hubo de apelarse á esta estipulación porque en disidencia los jefes de ámbos ejércitos respecto al plan de la campaña y en disidencia por no tener ninguno derecho perfecto para mandar en jefe, se llamó de Tacna y de Lima al general Campero que partió de la ciudad de La Paz precipitadamente y llegó á Tacna en la noche del 19 de Abril, es decir, al dia siguiente del acuchillamiento inhumano de las fuerzas de Albarracin.

Reconocido en su rango de general en jefe de los ejércitos aliados y recibido en medio de las demostraciones más entusiastas, comenzó sus trabajos militares con la mayor actividad, preparando el ejército para la revista que tuvo lugar el 22 y produjo la más satisfactoria impresión. Y en efecto, las tropas eran excelentes, los jefes y oficiales tan escogidos y pundonorosos, que como veremos luego, sellaron su patriotismo y su abnegado valor con su sangre en el campo de batalla. No eran los altos jefes tampoco la causa del descalabro que se veía venir, atribuyendo á presentimiento lo que no es ni pudo ser sinó la obra de fatales circunstancias que parecen combinarse cuando el destino ha decretado el abatimiento de ciertos pueblos. Las alianzas llevan de suyo un gérmen de perpétua emulación y recelo y si en ocasiones estimulan el valor y exaltan el sentimiento pátrio, en ocasiones aun más frecuentes, engendran ódios y repulsiones verdaderamente inconciliables. En este caso la aparente unión que se demuestra ante el comun peligro, es tanto como un depósito de pólvora de algodón, muy ocasionado á las explosiones. El resultado es que sin faltar organización militar de filas, faltaba servicio de movilidad, servicio de estado mayor administrativo que lo prevé todo—las marchas rápidas, la movilización de considerables masas, la traslación de parques y cañones de calibre, el hambre compañera de la fatiga, la sed compañera de los páramos y de las serranías áridas, la sanidad militar, y en fin, la higiene, sin contar con el perfecto conocimiento to-

pográfico, con el servicio inteligente del espionaje, con el destacamento de piquetes de caballería para observar al enemigo é imposibilitar las sorpresas.

En Tacna no habia reproche que poner ni á Montero, ni á Camacho, ni á los jefes, ni á los oficiales, ni á la tropa, ni, en fin, á los mismos encargados del estado mayor general, cuya competencia y condiciones militares eran verdaderamente rotorias; pero faltaba todo lo dicho anteriormente y faltaba porque sí, efecto de muchas causas en que se mezclan la política interna, las ambiciones personales, las suspicacias de banda á banda, la maledicencia de los campamentos, las privaciones sufridas con forzada resignación, cierta laxitud y tolerancia inconciliables con la severidad de la campaña y, en fin, duplicación de cabezas, duplicación de juicios, de planes, de expectativas y de esperanzas.

Ejército que espera sin ensayarse en las batallas permaneciendo impasible mientras el invasor desembarca y marcha por fracciones sin cohesión, sin mortificación ninguna, sin hostilidad de los dueños de la casa, pisando en terreno firme, acuchillando guerrillas de paisanos, talando campos y quemando casas á poquísimas leguas del campamento enemigo, lleva en sí propio los elementos de una derrota que se realiza ochenta veces en ciento porque esperar sin refuerzo, es debilitarse, y sin refresco de elementos, consumirse.

La espera impaciente y gasta el vigor, de suerte que llega á ser un beneficio la solución del

problema, cualquiera fuese esa solución. Se va al campo con valor y sin entusiasmo, se vá en la línea, pero sin cohesión, y se cumple con el deber luchando personalmente, pero sin aquella liga que hace irresistibles las masas conscientes y fundidas por un deseo y un fin comunes.

La espera en Tacna apoyándose sobre la guarnición y fortificaciones de Arica era el plan del contra-almirante peruano. La marcha del ejército aliado al encuentro del enemigo para presentarle batalla sin que pudiera reponerse de las fatigas de su penoso tránsito por los páramos, ántes de que pudiese reconcentrarse y reorganizarse, era el plan del coronel boliviano. Campero optó por este último, y al ponerlo en práctica faltó justamente todo lo que hemos enumerado en párrafos anteriores, desistiendo y renunciando á las ventajas de un golpe seguro y decisivo, para optar por la espera que no necesitaba ninguno de los elementos cuya ausencia no se concibe en los ejércitos verdaderamente organizados y con seriedad dispuestos á una campaña en que se juega el porvenir de la patria.

Decía el general Campero en su informe al Congreso: "En este campamento toqué con el gravísimo inconveniente de no tener noticia alguna del enemigo y de verme reducido á obrar por meras conjeturas; no se habia organizado un buen servicio de espionaje; no recibíamos avisos de ninguna parte que nos dieran alguna luz respecto al número y situación del enemigo; no parecía sino que estábamos en un territorio enteramente extra-

ño y que los vecinos del lugar no se preocupaban de la suerte que tuviera la campaña.”

“Desde luego, continúa, carecíamos por completo de elementos de movilidad y de transporte que no se habían procurado hasta entonces; era imposible llevar agua y víveres para el ejército, sin lo que no podría aventurarse expedición alguna por aquel desierto desprovisto de todo recurso y, lo que es más, no se habría podido conducir el parque ni logrado sacarlo de Tacna. Estaba, pues, visto que la marcha era imposible y que el ejército aliado estaba condenado, por decirlo así, á esperar al enemigo en su puesto sin poder buscarlo.”

No eran sin duda satisfactorias con mucho las condiciones del ejército chileno en este orden; pero si sembraron de asfixiados por la sed, el camino, si pasaron aquellas legiones las infinitas torturas del hambre y del cansancio en los médanos, tenían al ménos en su favor una satisfactoria disculpa recordando que pisaban suelo enemigo que eran huestes invasoras y que el peligro las amenazaba ó debía amenazarlas por todas partes. El hecho es que los chilenos marcharon de Pacocha al Hospicio, del Hospicio á Locumba y de Locumba á Sama, en donde al encontrarse reunidos bajo su bandera olvidaron penurias y sufrimientos para lanzar vítores á Chile y prepararse entusiastas á la batalla próxima. Esto, justamente ésto, hizo falta al ejército aliado, destinado á matar su aburrimiento en las calles, las plazas y los cafés de la ciudad de Tacna.

Aunque se había optado por la espera del enemigo, ántes que por salirle al encuentro, no era posible librar batalla dentro de la ciudad ni en sus suburbios. Había que utilizar siquiera el poder para elegir terreno y tomar posiciones ventajosas. La quebrada era inaceptable, se imponía el llano, cuyo reconocimiento fijó las alturas de Intiorco que seguidamente ocuparon los aliados, habiendo tomado aquellas el nombre de campo de La Alianza, el 16 de Mayo. El general Campero, despues de detenidos estudios, estableció su campamento en la meseta que dominaba toda la llanura, teniendo defendidos sus flancos por la misma naturaleza del terreno. Desde allí podía recibir todo género de auxilios de Tacna, distante solo seis kilómetros, impedir que el enemigo desviando su ruta pudiese tomar la ciudad y finalmente, neutralizar el poder de la caballería enemiga, cuyas cargas no podían temerse atendido el piso blando y medanoso, sinó por el ala izquierda y de frente, pero nunca de flanco ni por retaguardia. Además, por las mismas condiciones del suelo las reservas no ofrecerían blanco al enemigo disminuyendo los efectos de su poderosa artillería.

En ese punto, así como en los preparativos del encuentro próximo, en la disciplina y en todo lo que conducía á exaltar el sentimiento pátrio y enardecer el valor de los-soldados, á la vez que en llevar la responsabilidad á la conciencia de sus subordinados hasta el último de ellos, el general Campero se mostró práctico, previsor y hombre de condiciones elevadas y conscientes en materia

militar. Las probabilidades mostrábanse, pues, favorables á los aliados. La línea de batalla quedó formada con aceptación general y hasta con aplauso; la derecha mandada por el general Montero; la izquierda por el coronel Camacho; el centro por el coronel Castro Pinto, sin contar la división provisional formada á última hora y puesta al mando del coronel González, y la caballería del ejército unido destinada al servicio de vanguardia al mando del Coronel Juan Saravia y Espinoza, y finalmente, la artillería distribuida en secciones al mando de los coroneles Adolfo Flóres y A. Panizo.

Encontrábanse separados los ejércitos enemigos por el espacio de seis leguas, manteniéndose en sus respectivas posiciones sin hostilidad reciproca alguna, como si estuvieran á cien leguas uno de otro, y eso durante muchísimos días, perfectamente ignorantes de lo que pasaba en el campo enemigo. ¡Tanto pueden seis leguas de pampa árida en donde el sol abrasa y el viento muda de lugar los montículos arenosos arrojando caudentes partículas á los ojos del viagero!

Al cabo, el 25 de Mayo fué de agitación y movimiento para los contendientes próximos. El ejército chileno habia ocupado la Quebrada Honda, es decir, habia acampado á legua y media del ejército aliado, lo que supo este por arrieros conductores de agua tomados prisioneros en la misma tarde. No pudo Baquedano hacer de una sola vez toda la jornada y no eran propicias al éxito, la fatiga de sus tropas y la proximidad de las

sombras vespertinas. Aunque de todo punto contraria á la estrategia la posición ocupada era preferible prevenir los peligros de una sorpresa nocturna, á correr el riesgo de la derrota estrellando su ejército cansado contra el enemigo en espera, en la misma tarde de ese día.

Sin embargo, la idea de esa sorpresa habia surgido en la mente de Campero y hubo de llevarla á cabo organizando á las diez de esa misma noche, todo el ejército aliado por divisiones, despues de madura deliberación y acuerdo unánime del consejo formado por los jefes de esas divisiones, cada una de las cuales tenía su práctico ó guía entre los acostumbrados á esas travesías. En la oscuridad más profunda, ennegrecida por la niebla húmeda que con el nombre de camanchaca se extiende y cubre esas llanuras, marchaban las columnas militares moviéndose como informes masas, perdiendo en breve toda cohesión entre sí y avanzando casi á tientas en busca de un éxito librado al azar. Sobrevino el mareo de la oscuridad y las pampas; lo incierto invadió las conciencias y las masas de hombres no seguían ya un rumbo, vagando en fantástica peregrinación sobre blando y movedizo pavimento, con la sed que anudaba la garganta, con el temor que oprimía el alma y con aquella fatiga que parece multiplicarse bajo el poder del desaliento.

En esas condiciones, la sorpresa, sobre imposible habria sido funesta. Además, trascurrido un tiempo sobrado para llegar al real del enemigo, era inútil seguir adelante ¿sabía nadie el sitio

que ocupaba? El retroceso se imponía y fué ordenado desde luego. Volvían los descarriados hácia el campamento primitivo, la llegada era la salvación; los ayudantes de campo corriendo aquí y allí, cruzando como sombras á la aventura, comunicaban la concentración y solo una de las grandes columnas llevó la alarma á las avanzadas enemigas. Entretanto, á la misma hora en que descansado el ejército chileno despertaba al toque de los clarines de la diana, llegaba á su campamento el aliado rendido de fatiga, mustio por la influencia moral del fracaso, vacilante la fé y acometido de esa vaga y triste adivinación llamada presentimiento.

Y amaneció el 26 de Mayo. Las brumas se habian disipado por completo y brillaba sin nubes el sol que habia de alumbrar una catástrofe y una victoria. Un cañonazo lanzado desde el campo de los aliados sobre el ejército chileno que avanzaba, dió la señal del bombardeo que duró cerca de una hora. Los proyectiles de la artillería chilena pasaban el campamento contrario, miéntras que los tiros de éste quedándose cortos no ofendían en manera alguna á las tropas enemigas, de suerte que suspendidos por esta parte los fuegos innecesarios obligaron á cesar en su monólogo á la artillería chilena. Un solemne silencio siguióse luego; el humo que marcaba por nubes las baterías se disipaba lentamente en espirales, miéntras en los

campamentos se realizaban aquellos mudos aprestos bajo la emoción general que embarga á todos y lleva aun la faz del disimulo haciendo sonreír á unos, lanzar bravatas á otros, convirtiendo por una evolución inexplicable en rudo y hasta grosero el lenguaje de los mismos que en estado normal se singularizan por su cultura. El sentimiento religioso se exalta y domina, de manera que parece dudoso que existan ateos en el momento de entrar en una batalla anunciada con salva de bombas y respirada ya en el ambiente saturado de pólvora. Los capellanes tienen en ese instante una importante misión que llenar y la llenaron en efecto en el campo de los invasores, dando á los soldados con la absolución anticipada, palabras de fortalecimiento en que mezclados los nombres de Dios y patria, iban laureados como en un nimbo las de gloria y apoteosis nacional. ¡Honor para los que mueren y la patria sustituyéndose en la paternidad para la educación de los huérfanos! Nada en el presente y todo, absolutamente todo, en el porvenir. El desfallecimiento entretanto, embargando á los contrarios, abrumados por el sueño, no habia logrado llevar el frío que entumecía sus miembros hasta el corazón, en donde se albergaban tres sentimientos igualmente nobles: el deber patriótico, la lealtad á la alianza, la emulación legítima de pueblos distintos en una unidad ficticia.

“Repentinamente, dice el general Campero, y cuando aun no lo esperaba, noté que se comprometía el combate por nuestra parte rompiendo el

fuego de rifles por el ala izquierda ántes de que el enemigo se hubiera acercado lo bastante. Esto lo atribuí al excesivo ardimiento de nuestros soldados y á su carácter impetuoso y precipitado. Como quiera que sea, comprometido allí el combate y como por una especie de contagio magnético, se extendió poco á poco al resto de la línea de batalla, hasta que por fin se hizo general.”

Esto fué provocado por la primera división chilena en que figuraba, como dice Mackenna “la bizarra mocedad de Valparaíso representada por los navales, la elegante juventud de Santiago incorporada en el Esmeralda,” el regimiento de Chillan y otras fuerzas, hasta el número de 2,400 hombres que avanzaban por la derecha valerosamente al mando del coronel Amengual. Una descarga cerrada que puso fuera de combate algo ménos de 100 hombres contuvo aquel ardor, verificándose la contienda casi á tiro de pistola entre los de Amengual y las divisiones de Acosta y Mendoza, pereciendo este último y siendo gravemente heridos el comandante Barriga jefe del Victoria y el segundo del Huáscar comandante Ruedas. El desórden precursor del desastre por ese lado, promoviósese entre los batallones Viedma, Victoria y Huáscar, siendo fusilado por la espalda el segundo al desbandarse por orden del general en jefe que al mismo tiempo mandó cubrir con otros dos batallones el claro dejado por los prófugos. El coronel Camacho que mandaba aquella ala del ejércitito aliado acudió con refuerzos. El intrépido coronel boliviano Agustín López cruzó:

el campo y pidió al general Montero algunas reservas, retornando al sitio con los famosos Colorados y el Aroma, al mismo tiempo que el comandante boliviano Pando acudía á trote largo con dos cañones Krupp de montaña. Llegado el refuerzo con tanta oportunidad, atacó con tal denuedo que contenidos los chilenos por un momento y rechazados en seguida con gran empuje, perdieron terreno obligando á sus oficiales Carballo Simpson, Beytia, Délano y otros á hacer verdaderos prodigios de valor. Los Colorados que constituían el batallón Alianza y el Aroma bolivianos, maniobraron sobre el campo de batalla sin perder la disciplina y obedeciendo al toque de corneta como si estuvieran en campo de ejercicios y libres de la lluvia de plomo, que les caía encima.

Barros Arana, el más chileno de los historiadores y el ménos largo en conceder ni lo que la justicia exige para los enemigos, ha escrito estas palabras respecto al ataque anterior y despues de referir cómo el grueso de la división chilena mandada por el coronel Amunátegui cayó de refresco favorecida por la artillería y las ametralladoras para contener el paso victorioso de los Colorados y del Aroma: “Los aliados, despues de pelear denodadamente durante dos horas, no se sentían con fuerzas para rechazar esta nueva y más impetuosa embestida.”

Más levantado y franco, Vicuña Mackenna dice en este punto: “Presentábase la batalla con sombríos augurios para los chilenos y era cerca del medio dia cuando pasándose la voz de la confianza

Los dos jefes de línea de la Alianza, Camacho en la izquierda y Castro Pinto en el centro, ordenaron un ataque general sobre las debilitadas y rotas á trechos líneas del ejército chileno. Y en efecto, poniéndose el coronel Camacho á la cabeza de las divisiones Cáceres y Suarez y ejecutando en el fragor del combate una maniobra de circunvalación, descendió por el leve declive de la loma animando con su ejemplo á sus aliados que ya casi victoriosos le seguían.”

En la descripción de la batalla hecha por M. Raoul Duvisson, antiguo oficial francés y afecto á Chile donde residía á la sazón, agrega éste como testigo presencial: “El general en jefe del ejército aliado comprendió que teniendo comprometidas todas sus tropas, era necesario el último esfuerzo para hacer retroceder al enemigo y alcanzar ventajas. Ordenó en consecuencia un ataque simultáneo en toda la línea acumulando sus mejores cuerpos en el ala izquierda para flanquear y envolver á su adversario en su ala derecha, donde consiguió hacerlo retroceder siendo á su vez rechazado en su centro y derecha hasta trabarse el combate á la bayoneta. El retroceso del ala derecha del ejército chileno producido por el ímpetu de algunos cuerpos bolivianos, no fué duradero, pues en tal circunstancia la caballería que reforzaba ese extremo cargó sobre lo más fuerte de su enemigo.”

En ese difícil trance, añadiremos nosotros, el batallón Alianza y Colorados se manifestó verdaderamente aguerrido ó veterano formando cuadros

contra caballería ó inutilizando el ímpetu de ésta cubriendo á la línea contra el espanto natural que produce una carga en masa y á sable levantado. No parecía sino que la rabia se habia apoderado de los combatientes, segun se veía en el centro de la línea aliada las divisiones Zapata, Herrera y Canavaro, cayendo bizarramente sobre los regimientos Atacama y Santiago, cuyos jefes Barceló, Arriagada, León, Silva, hacían desesperados esfuerzos para resistir sin abandonar posiciones, luchando encarnizadamente, miéntras en la extrema izquierda jugaba el sable de los tremendos granaderos de Chile contra las bayonetas de los granaderos bolivianos.

Volveremos á tomar algunas palabras del ya citado Mackenna: “En medio del azoramiento general y de algunos soldados que atemorizados volvían cara gritando ¡derrota! el animoso jefe del Esmeralda señor Adolfo Holley metía espuelas á su caballo y corría á pedir al comandante Yavar que cargara con su regimiento...

“El general Baquedano ordenó que cargase aquel valeroso regimiento para sugetar en su marcha ya casi victoriosa, por la derecha á los Colorados de la Alianza y del Aroma y á los Amarillos del Sucre que conducían los coroneles Murguía, López y Gonzáles Pachocha, todos bolivianos.”

Afortunadamente para los Aliados, las hábiles posiciones estratégicas buscadas por el general Campero, inutilizaban en gran manera las cargas de caballería por los flancos resguardadas por hondonadas naturales del terreno y por la tierra suel-

ta de la pampa, que envolvía en nubes de polvo á los jinetes, removida por los cascos de los caballos.

Grandes eran ya las pérdidas en ámbos ejércitos y la sangre corría á torrentes renovándose el vigor y la porfía entre los adversarios. Habian caido heridos el general Pérez, jefe de estado mayor de la alianza, á quien sus propios enemigos llamaban el bravo veterano de tantas batallas, el coronel López, el coronel Murguía, el comandante Ballivian, el teniente coronel Crespo y muerto el comandante Viscarra, siendo muy lamentada en esos instantes la muerte del segundo jefe de los Colorados Felipe Ravelo. En las filas chilenas hallábanse heridos el segundo jefe del Esmeralda Enrique Coke, el capitán Ovalle y muchos subalternos, logrando abrirse paso entre bayonetas enemigas el capitán José María Pinto, hijo del entonces presidente de Chile.

Entretanto realizábase un duelo á muerte entre el 2.º de línea chileno y el Zepita, batallón peruano que tenían la deuda atrasada de Tarapacá, donde lucharon tambien casi cuerpo á cuerpo, llevando el chileno la peor parte. Buscaba el 2.º lo que los franceses llaman su revancha y la lucha se hizo encarnizada y terrible, tanto que su comandante gritaba al entrar en la liza: "¡con los que os quitaron vuestra bandera, no haya cuartel!" A la vez las guerrillas del capitán chileno Torreblanca luchaban frenéticamente contra el batallón Padilla cayendo aquel bravo capitán de los primeros y, por el centro el Atacama disputaba el te-

rreno palmo á palmo á las fuerzas de Canevaro y Castro Pinto.

El ala derecha de los aliados, aunque debilitada por los refuerzos enviados á otros puntos de la línea, sostenía bajo la mirada de su jefe el contra-almirante Montero, brillantemente sus posiciones. Llegado á ella el general en jefe y colocándose ámbos en una eminencia para abarcar todo el campo de batalla, contemplaron el cuadro que en las siguientes palabras resume el informe de Campero al congreso Boliviano:

“En nuestro costado derecho, donde el combate no era todavía muy encarnizado, el ala derecha de nuestra línea y la izquierda del enemigo presentaban el aspecto de dos inmensas fajas de fuego como envueltas por una especie de niebla iluminada por los tintes del crepúsculo de la mañana. El centro, donde obraba con más vigor la artillería enemiga, ofrecía el espectáculo de un confuso hacinanamiento de nubes bajas, unas blancas y otras cenicientas, segun que las descargas eran de Krupp ó de ametralladoras. El costado izquierdo, donde el combate era más rícidamente sostenido, no presentaba sinó una densa oscuridad, impenetrable á la vista, pero iluminada de momento á momento, como cuando el rayo cruza el espacio en noche tempestuosa. El tronar era horrible, ó más bien no se oía más que un trueno indefinidamente prolongado. En su conjunto, era arrobadora la contemplación de este cuadro maravilloso, á pesar de la íntima convicción de que su fondo no contenía otra cosa que la desolación y

la muerte disfrazadas con deslumbradores ropajes.”

Mientras esto ocurría, las tropas que en reserva mantuviera Baquedano descansadas y frescas, fueron de golpe arrojadas sobre la ya debilitada izquierda de los aliados en los momentos mismos en que fatigadas las fuerzas de éstos, cedían en ímpetu hostilizadas por los cañones de la batería de Fontecillas. Caían á la sazón el coronel Uriola, el mayor Coke y otros subalternos del lado chileno y en el opuesto el distinguido jóven N. Macklean, comandante de el Arica que entraba á pié y á la cabeza de su cuerpo en el combate y el intrépido coronel Cárlos Llosa, jefe del Zepita. Con la serenidad que le es característica, acudió el que era jefe de esa división, coronel Cáceres, á salvar á tiempo los estandartes de este último y el de la universidad de Lima que lo llevaban los cazadores del Misti. Al ver que los refuerzos se sucedían y que el 3.º de línea y la artillería de marina avanzaban rápidamente, las fuerzas de Suárez y la artillería de Panizo cedieron el campo arrastrando otros varios cuerpos, no obstante los desesperados esfuerzos del coronel Camacho, hasta que éste derribado en su lucha pistola en mano por el casco de una bomba, caía mortalmente herido á los piés de su caballo.

El doctor Z. Dalence, jefe de las ambulancias bolivianas, dice hablando de este caso: “Poco tiempo despues se aproximaban á la ambulancia con paso muy lento dos ginetes: eran el comandante en jefe de nuestro ejército que venía

herido y el subteniente Santiago Soláres que lo acompañaba. La fisonomía descompuesta del herido y su acento denotaban un profundo pesar. “Hubiera preferido, dijo, quedar muerto en el campo ántes que presenciar tan desastrosa derrota.”

Al mismo tiempo recogia la ambulancia el cuerpo ensangrentado del capitán potosino D. Adolfo Vargas, herido en medio del pecho y restituido milagrosamente á la vida. Este convencido patriota que con otros muchos de la dorada juventud boliviana constituyeron el lujoso cuerpo llamado Libres del Sur, cumplió como valiente lo que habia cantado y predicho como poeta.

La lucha, no obstante, seguia aún encarnizada, y caían en las filas peruanas herido el coronel Suárez y muerto el brillante coronel Fajardo y el distinguido coronel Luna, jefes los últimos de Cazadores del Cuzco y cazadores del Misti. En ese momento Baquedano lanzaba tres mil hombres, la división íntegra de Barbosa contra los ya diezmosos centro y derecha del enemigo, en donde se hallaban el contra-almirante Montero, el coronel Dávila y el comandante Vidal, peruanos (muerto el último) apoyados por la artillería Krupp del distinguido coronel boliviano Adolfo Flóres, colocada en improvisados fuertes. Dublé Almeida, jefe del estado mayor de Barbosa, logró colocar su artillería llevada por los soldados á pulso hasta una posición dominante y combinado así el ataque de fusiles y cañones por nuevas fuerzas en las que figuraban el Lautaro, los Zapadores y los Ca-

zadores del Desierto, ensayó un movimiento concéntrico en medio del plomo enemigo que abría grandes claros en sus filas, cayendo entre muchos el valeroso comandante Santa Cruz y otros distinguidos jóvenes chilenos.

A medida que las fuerzas desplegadas por Barbosa se concentraban hácia el fuerte de los aliados, perdían terreno estos en el colmo de la fatiga al cabo de cuatro horas de luchar incesantemente, hasta que con un empuje verdaderamente heróico lograron tomarlo los primeros, los Cazadores del Desierto, siendo notable el hecho de ser apresado sobre un cañón el teniente boliviano doctor J. M. Cabezas, hecho en el que están conformes los historiadores chilenos.

El humo, el polvo de la tierra, los átomos salitrosos que se respiran en la atmósfera de pólvora y que producen sed desesperante, el espíritu desfallecido, el cuerpo muerto despues de tensión nerviosa tan larga, todo, en fin, rompía orden, disciplina y concierto en el campo aliado. Ya no era posible que se oyera la voz de los jefes, ni aun la voz de los clarines de órdenes. Se bregaba automáticamente, y las luchas parciales sin cohesión ni tino, aunque ofrecían actos de valor y escenas de heroísmo increíbles, no conseguían detener la ola victoriosa que ordenadamente empujaba el general chileno, imitando en todo el cálculo frío que hace de la táctica prusiana librada al número de sus reservas escalonadas, la más segura para alcanzar victorias en lucha con legiones impetuosas é impacientes. Todavía Montero en sus filas se:

esforzaba inútilmente y Campero tomando una bandera de un batallón desbandado, procuraba contener el desórden hablando al patriotismo. Nada, la derrota estaba pronunciada, el sacrificio consumado y el ejército conquistador en plena victoria.

“Eran las 3.30 de la tarde, dice el general Campero, los enemigos dominaban las alturas y nos hacían algunos disparos de artillería que alcanzaban á la ciudad de Tacna, hácia la que me retiraba lentamente con los señores Montero y Velarde.” Y añade en otra parte: “los batallones Colorados y Canevaro y algunos otros restos de nuestro ejército, se abrieron paso al través de las filas enemigas, batiéndose en retirada completamente destrozados.”

En este punto Vicuña Mackena dice: “Batiéronse los ejércitos aliados con indisputable intrepidez y hubo cuerpos que se cubrieron de legítima gloria como el Zepita, el Ayacucho, el Alianza, el Sucre, el Padilla, el Chorolque y el Aroma: los cinco últimos bolivianos. La mayor parte de los jefes de cuerpo pagaron el tributo de su vida á su patria y á su infortunio, como Pérez y Mendoza, dos gloriosos ancianos cuyas ensangrentadas canas recordaban á Bolivia y al Perú dignísimos servicios, y en pos de ellos seguían en la flor de la vida Fajardo, Vidal, Llosa, Luna, Mac-Klean, Barriga, Reina, Alcazar, López, Ravelo, é innumerables jefes de las clases de teniente coroneles, mayores y capitanes muertos ó heridos.”

La versión peruana recogida de diversos documentos oficiales, da ciento cincuenta y dos jefes y subalternos muertos en la batalla. El coronel Miguel Aguirre en una publicación que hizo en Bolivia, consigna una lista de veinte y tres jefes, de general á sargento mayor, que quedaron en el campo. Según informe del jefe de las ambulancias que recorrió el campamento aliado buscando heridos, el número de muertos alcanzaba á mil quinientos, correspondiendo la mayor parte al ejército boliviano en la clase de tropa, y al ejército peruano en la de jefes y oficiales.

El ejército chileno perdió dos mil hombres. Siendo, pues, los aliados, según las listas de revista anteriores á la batalla, en número de 9,500, y siendo los chilenos, conforme á la carta del general Baquedano al gobierno de Chile, de fecha 8 de Mayo, publicada entónces y citada por Vicuña, 14,000 resulta que las bajas entre muertos y heridos alcanzaron al 20 %, lo que demuestra lo porfiado y sangriento de aquella lucha que abrió las puertas de Tacna, sobrecogida de espanto, á los chilenos.

Se ha dicho que si el general boliviano Nicá-nor Flóres, que con una división cerraba el paso á los chilenos hácia el centro de los recursos de Bolivia, hubiese podido llegar á tiempo, á la vez que el coronel Leiva, peruano, se hubiese concentrado igualmente con su división de Arequipa sobre Tacna, la victoria hubiera sido de los aliados. Por ese lado la falta era de mecanismo, que exige pre-

visión y tiempo, demostrando palmariamente que solo la verdad y la seriedad obtienen buenos resultados, y que esa guerra que consiste en abultar los elementos, fingir poder y fuerza, mentir recursos disponibles y preparativos no realizados, como pasó desgraciadamente en la región que había de ser teatro de los sucesos, conduce de una manera fatal é inevitable á la rota y al desastre.

Este parecía decretado desde luego; los lazos de la alianza no solamente no eran firmes sinó que eran imaginarios; recelos y no afecto se alimentaban dentro de aquel inconexo campamento donde desgraciadamente á la modestia reemplazaba la vanidad que se demuestra en alardes y bravatas. El juicio imparcial ha hecho ya de esto la distribución, adjudicando á cada cual su merecimiento. En resúmen: estaba escrito el desastre y para hacerlo inminente hubo todavía aquel desdichado paseo nocturno de la víspera, aquel vagar sin rumbo buscando un peligro seguro en pos de una gloria incierta. ¿Si al ménos la historia con chorros de sangre escrita, sirviera para aleccionar á los pueblos y los obligara á la meditación y á la prudencia!....

Los que no han sido testigos presenciales ó conocido por impresiones propias lo que es una ocupación enemiga en un pueblo anonadado por la sangrienta derrota de sus defensores, tendrían apenas una pálida idea de lo que pasaba en Tacna á la entrada de las victoriosas desbandadas legiones de Chile. La guerra poco más, poco ménos, en todas partes es la misma calamidad. Los ven-

cedores se creen dueños del suelo, dispensados de la obediencia á las leyes y á los preceptos de toda civilización y cultura. Acontece que sean los más inhumanos precisamente los menos meritorios, y los más exigentes, los que menos sacrificios hicieron en la lucha.

Las masas ignorantes pierden su barniz de vivientes racionales para sentir las ferocidades de la béstia, resarciéndose con la saciedad del abuso de las privaciones que impone la disciplina del cuartel y la vara de los cabos de escuadra. Más, si todo eso pasa en los ejércitos aún siendo de elevado nivel intelectual y moral, como era el prusiano en la guerra del año 70, es de verdad histórica declarar que las tropas chilenas sobrepusieron en mucho á cuanto se refiere en materia de desastre en los anales de la guerra moderna, lo que parece inconciliable con su probado valor y ardiente patriotismo, que no se cobijan sino en nobles almas.

Pero, deseamos alejar todo lo que importando increpación, pudiera levantar sombras sobre la imparcialidad estricta que debe resaltar en este escrito destinado á más nobles fines, y reanudando nuestro relato en que dejando pormenores procuramos consignar episodios notables y acciones heroicas, veremos lo que pasaba en el campamento chileno de Tacna y dentro de las improvisadas fortificaciones peruanas de Arica, en donde solo dos dias despues se supo el desastre del 26 en el Alto de la Alianza.

Baquadano reorganizaba su ejército diezma-

do, tomaba posesión del terreno resguardándose contra lo imprevisto y preparaba activamente el asalto á las fortificaciones de Arica, sin lo cual quedaria incompleta su obra y hasta cierto punto inútil su última victoria. Con gran actividad se emprendió el arreglo de la vía férrea destruida en algunos puntos, reemplazando los puentes volados con dinamita por el ingeniero peruano Eléspuru, en cumplimiento de las órdenes del jefe de la plaza fortificada coronel Francisco Bolognesi. Al ménos este supo prever y obrar en conecuencia, miéntras que las fugirivas autoridades de Tacna no atinaron á quitar los medios de movilidad cómoda á los enemigos, enviando las máquinas y material rodante del ferrocarril á Arica.

Miéntras los chilenos se ponían en actitud de marcha, el ilustrado cuanto valeroso y muy patriota coronel Bolognesi, secundado por el capitán de navío Moore, que buscaba en la muerte heroica la rehabilitación por la desgraciada pérdida de su buque la Independencia estrellada en Punta Gruesa, secundado por este pundonoroso jefe y por los coroneles Inclan y Alfonso Ugarte de grata memoria, conseguía mejorar las improvisadas fortificaciones levantadas en los cerros, cuya prolongación forma el Morro y en los puntos estratégicos por donde pudiera buscar entrada el ejército enemigo. Construyó parapetos con sacos de arena y formó dos fuertes como puntos avanzados del Morro; dominaba el uno, desde los cerros, la planicie de Arica y el valle de Azapa en su garganta, y el otro sobresalía en la cadena de cerros que re-

mata el Morro, al cual le servía de contra-fuerte. Otro más pequeño fué levantado en la emiendencia llamada Cerro Gordo, con parapetos de arena en sacos, cerrando toda esa línea, miéntras que se comunicaban por cortinas y fortificaciones pasageras con las permanentes de la orilla del mar y de las alturas que lo dominan, de suerte que venían á quedar distribuidas en la forma siguiente: La principal, el Morro, con nueve cañones; San José con dos; Ciudadela con tres, Fuerte Este con tres; Santa Rosa con uno, y Dos de Mayo con uno; todos de á 70, 120 y 300.

A este sistema de defensa en que el número de los combatientes exíguo tiene que reemplazarse por los medios de destrucción que la inminencia del conflicto sugiere, servía de complemento una red de minas tendida en los puntos accesibles y de probable entrada para los enemigos. La falta de los brazos para destruir se subsanaba con la dinamita. La resistencia debía ser desesperada y no sería sinó á costa de sangre á torrentes vertida, como llegase á flamear el pabellón chileno en los torreones del Morro.

El día 2 de Junio emprendió la marcha el ejército chileno con dirección á Arica y tomó campamento á poca distancia de ésta, en el rio de Chacalluta. Allí tuvo lugar la primera explosión de las minas, produciendo efecto moral más que pérdidas materiales y ocasionando la prisión del ingeniero peruano Elmore y la del jóven torpedista Ureta, herido, y ámbos salvados milagro-

samente del furor de la soldadesca. Pasóse al día siguiente en reconocimientos del terreno practicados con suma precaución y cuidado, y durante el día 4 la artillería chilena con grandes esfuerzos, logró colocarse en la falda de los cerros más cercanos, esperando la noche para que la infantería y la caballería ocupasen posiciones que encerrarán á Arica, aislándola de toda comunicación por tierra, mientras el bloqueo la aislaba por mar completamente.

Reducida entónces la plaza á no contar con recurso alguno, teniendo á la vista un ejército aguerrido y lleno de recursos, y no pudiendo esperar auxilios próximos de ninguna parte, era probable que el desfallecimiento apresurase la obra entregando la plaza tal vez sin otros sacrificios. Baquedano obró en consecuencia enviando un parlamentario que propusiera una capitulación, después de exponer con viveza el cuadro de aquella situación desesperada. Bolognesi conferenció con sus jefes é interpretó ante el emisario la unánime opinión de todos y la suya en esta frase que ha quedado profundamente grabada en la memoria de los peruanos: “salvaremos el honor de nuestra patria, quemando el último cartucho.”

Y esa resolución fué tomada en presencia misma del mayor Salvo, emisario chileno, por el consejo de guerra compuesto del capitán de navío Moore, de los coroneles Alfonso Ugarte, Arias, Varela y Bustamante, de los tenientes coroneles Roque Saenz Peña, Dónovan, los Cornejo y probablemente algunos otros que no recordamos. La

vuelta de Salvo á su campamento, fué la señal del bombardeo que se prolongó en parte de ese día y parte del día siguiente, entrando en combate los buques chilenos Cochrane, Magallanes, Loa y Covadonga con los fuertes de tierra y el monitor Manco Capac, que logró dirigir una bala al Cochrane matando á algunos y poniendo fuera de combate á 27 hombres.

Los 19 cañones de los peruanos parecían multiplicarse vomitando fuego en derredor, acosados por un número tres veces mayor de proyectiles que por opuesto rumbo, caían en la plaza, hasta que el silencio se produjo en la línea enemiga de tierra y volvieron las naves á su antigua posición fuera de tiro, saliendo la Covadonga á reparar en Iquique la avería causada á flor de agua por dos balas de á 150 recibidas.

No produjo, pues, buen resultado aquel ensayo destinado á obrar en el ánimo de los defensores de Arica, más retemplados despues de aquel silencio que ellos conceptuaron como parcial triunfo. Entretanto en los reales chilenos se combinaba el asalto como urgente para recobrar el aliento inútilmente gastado y entónces se ordenó un falso ataque por la planicie y por el valle de Azapa dejando entrar la noche para cambiar el movimiento subiéndolo sigilosamente por las faldas al amparo de la oscuridad y atacar por retaguardia y de modo que pudiera neutralizarse el efecto de la artillería enemiga.

Barros Arana á quien citaremos siempre que se trata de lo que es favorable á Chile y perjudi-

cial á sus contrarios, para establecer por los extremos la verdad del caso, dice en su historia, que el ejército chileno que fué sobre Arica alcanzaba al número de 5,000 hombres, y Vicuña Mackenna, ateniéndose á documentos fidedignos, asegura que las fuerzas peruanas que defendían la plaza contaban 29 jefes, 223 oficiales y 1,653 hombres, verificándose el combate casi de uno contra cuatro, contando los que combatían desde el mar. Y no es para empequeñecer la valerosa acción de los chilenos en Arica, sinó para que salte en relieve todo el heroísmo de los defensores de aquella plaza, para lo que hemos consignado cifras, siquiera no produzcan otro resultado que el de avivar la gloriosa aureola que ciñe la frente de aquellos mártires.

El asalto no podia ser sino sorpresivo; era preciso marchar apagando los ruidos, aprovechando las sombras y avanzando, avanzando como fantasmas para caer con la primera luz del alba y á la bayoneta sobre los sitiados, que resistirían el ataque y sucumbirían al número. Dividióse, pues, la infantería chilena en tres partes: la menor destinada como reserva para llegar á donde lo exigiese el caso, y las otras dos para caer sobre los tres fuertes del norte de la ciudad, la primera, y la segunda para avanzar como ya lo hemos dicho por los cerros y amanecer sobre los fuertes del sud.

El coronel Lagos de funestísima memoria para los peruanos, que se estremecen recordando lo poco humano de sus sentimientos, fué el encarga-

do de realizar este plan que ejecutó con el valor y la pericia militar que lo distinguían.

Más, ántes de cerrar la noche, envió este coronel al prisionero Elmore bajo palabra de honor de restituirse al campamento, con un mensaje para el ilustre jefe de la plaza en el que á la intimación se seguía la amenaza de pasar á cuchillo á toda la guarnición si nó rendía las armas. aplacando de ese modo la ira incontenible que inspiraba á su tropa el estallido de las minas. ¡Dura prueba á que quiso sujetar á sabiendas el sitiador á los sitiados y tortura cruel impuesta al ingeniero Elmore, cuya vida rodeada de peligros se mantenía por incomprensible sarcasmo del destino!

Refiriéndose á estos hechos el justiciero Vicuña Makenna dice, en la página 1,135 de su historia: “Han llamado los vencidos de Arica *Lago de sangre* al ilustre captor de esa plaza por lo que allí aconteciera á la mañana siguiente, etc.,” y en verdad fué aquella una carnicería tan espantosa que causa horror el recordarla, pasando sobre su memoria en este trabajo tan rápidamente como nos sea posible.

Engañados los peruanos por el falso movimiento, de la víspera, reforzaron con la división Ugarte que era de las mejores, los fuertes de la playa, privándose de ese modo del gran refuerzo indispensable en el lugar del verdadero peligro. Los batallones Iquique y Tarapacá mandados por el comandante Roque Saenz Peña (argentino) y Ramón Zavala, rico industrial salitrero, formaban parte de la división antedicha, quedando solo la

brigada de Inclan, el caballeroso y muy querido jefe tacneño, resguardando los fuertes que impedían la subida al Morro y la de Arias y Aragüez, tacneño tambien y muy popular entre sus paisanos, guarneciendo el fuerte del Este librado á los artesanos de Tacna, mandados por otro hijo de ese pueblo, el valiente coronel Marcelino Varela.

En el Morro mandaba Moore con sus marineros aguerridos y un pelotón de tropas escogidas, miéntras Ayllon con las suyas ocupaba los parapetos del norte.

En esta disposición los campamentos, amaneció el memorable dia lúnes 7 de Junio de 1880, saludado por los cañones de la plaza que daban la alarma cuando estaba ya el enemigo encima y á cubierto de sus fuegos. Los soldados chilenos del 3.º de línea lanzábanse á la bayoneta y trababan un terrible combate sobre los parapetos de arena, corriendo la sangre á torrentes y cayendo acribillado, despues de inaudita resistencia, el patriota jefe de esa fuerza coronel Arias y Aragüez. Victoriosos los asaltantes cebaron su saña sobre la diminuta fuerza que los resistía y jugaban los yataganes cortando cabezas y mutilando brazos con furia incontenible, hasta que el cansancio permitió que se escuchara la voz de los dos jefes de ese regimiento y pudieran salvar, ya que no de golpes y heridas, de la muerte al ménos, más de 400 rendidos y prisioneros.

Para que nada faltase, un artillero peruano, Alfredo Cadenas (segun V. Mackenna) "habia puesto fuego temerariamente al polvorin, haciendo vo-

lar no ménos de 10 soldados chilenos y mucho mayor número de los suyos” y agrega en seguida: “los soldados del 3.º desatándose á toda clemencia, á la voz, y aun á la súplica de sus jefes, se lanzaron como locos enfurecidos sobre el arremolinado rebaño y comenzaron á matar y matar, sin que valiera llanto, ni edad, ni perdón... Matan así, cien, doscientos, trescientos desdichados; no había fuerza humana que pudiera contenerlas. Exactamente como las ovejas cuando el terror las agrupa, los soldados tacneños, pacíficos obreros en su mayor parte, se habian amontonado en un ángulo del fuerte, intentando salir por encima de los parapetos. Pero allí las balas y el filo de los implacables yataganes (y los corvos) encontraba la gavilla más compacta y en vez de hombres, lo que corría por entre las grietas de los sacos como en las acequias de los mataderos, era sangre!...”

Adrede omitimos nuestro propio juicio dejando hablar justamente á la parte más interesada en dorar la apariencia que disminuye el horror, el profundo horror de aquella matanza sin cuartel y sin misericordia.

En esos mismos instantes y despues de rabiosa lucha que sembró de cadáveres los parapetos, eran tambien tomadas las baterías del norte. Barros Arana, dice que al saberlo: “hoy no hay prisioneros, gritaron los soldados chilenos, y cargaron rabiosos sobre los aterrorizados defensores del Morro.” Aún puede citarse este otro párrafo de la historia de Vicuña: “De 400 artesanos de Tacna, solo escapó un negrito que por curiosidad se apro-

pió un soldado chileno. Una muger estaba atravesada sobre la cureña de un cañón, con el pecho roto y desnudo; y cuando, una hora despues, el general Baquedano entraba á caballo al fuerte, el fiero bruto que montaba, como poseido instintivamente de horror, retiraba de los charcos su pezuña empapada de sangre hasta el nudillo... ¡Horror, horror!”

En el momento en que las fuerzas de Alfonso Ugarte, saliendo del norte, se dirigían á reforzar los sitios en peligro, trepando por la falda del Morro, caía moribundo el coronel Zavale, de Tarapacá, moría el segundo de ese cuerpo, Benjamin Cornejo, y sucumbían á la vez el jefe de estado mayor Bustamante y el segundo del Iquique comandante Salazar, siendo herido entre su diezmada tropa y avanzando, no obstante, hácia el Morro, el valeroso jefe del último cuerpo, comandante Saenz Peña.

El ataque al Morro concentraba la mayor parte de las fuerzas chilenas que animosamente ascendían diezmadas por certero fuego, llegando de los primeros los capitanes Villagran, Barrera, Silva Arriagada, y los tenientes Ibáñez, Bavo y Aldunate. La defensa fué porfiada, sucumbiendo acribillados y materialmente despedazados, el nobilísimo jefe de la plaza coronel Bolognesi, el caballeroso Moore y lanzándose desde la altura á las rompientes del mar, el infortunado Ugarte y el distinguido jóven Armando Blondel. No se comprende aun cómo pudieron salvar la vida el coronel Va-

rela y el comandante Saenz Peña, ámbos heridos y prisioneros, á quienes quizá sirvió de escudo su propia hidalga altivez, que sobre todo entre los soldados orgullosos de Chile produce siempre buen efecto.

Por el otro lado moría tambien en su puesto y con toda aquella serenidad que marcó los actos de su vida ilustre, el aristocrático coronel Inclan, sobrino y favorito del sábio Vigil, de quien hemos hablado en un capítulo precedente.

La bandera de Chile izada en las fortalezas del Morro, dió la señal del triunfo, sin dar la de la cesación de la matanza. El Manco Capac que desde su fondeadero habia ayudado eficazmente á la defensa de la ciudad, perdida toda esperanza, siendo imposible la salida y no teniendo en sus torres el alma de Grau para estrellarse contra las naves enemigas, barrenó sus fondos, abrió sus válvulas y se sumergió lentamente con su bandera al tope. Sus oficiales y tripulación reunidos en una lancha, se entregaron prisioneros al enemigo, siendo estos y una fracción pequeña de los salvados en el combate, los únicos trofeos que recogió Chile en aquella cruenta jornada que no tuvo prófugos y que marcó con rios de sangre el memorable 7 de Junio, cubriendo de dolor y luto al Perú y á la alianza, si bien coronando de gloria imperecedera á los defensores de Arica, al salvar el honor de su bandera envolviendo en ella sus propios despojos despues de "quemar el último cartucho."

Entramos en la segunda parte, si más breve, no ménos importante de este trabajo. Mejor di-

cho, llegamos al nudo de las dificultades y á la resolución del problema que ha de plantearse próximamente, absorbiendo de inmediato la atención de tres estados americanos é indirectamente la de todos los demás, porque no puede ser indiferente para ninguno un resultado que lastima y favorece intereses generales, establece derechos, funda precedentes y puede ser la radicación definitiva de la paz, ó el constante foco de disidencias internacionales.

Dominante Chile en todo el territorio del Perú. Ocupada la capital y centros principales de esta república é imperante la ley marcial cumplida sin flojedad, ni miramiento, ni vacilación, era llegado el caso de dictar la paz, imponer las condiciones y dar forma regular al goce de los beneficios de la victoria, definiendo los derechos de la conquista, si es que en la conquista pudiera fundarse derecho alguno. Bajo tales auspicios se ensayó la formación de un gobierno provisional que representase en alguna manera la soberanía nacional peruana, y para evitar la resistencia que á tal creación oponía el pueblo, se echó sobre este todo el peso de la ocupación militar, sucediéndose las exacciones en forma de tributo destinado á sufragar los gastos y satisfacer las necesidades del numeroso ejército, sus directores, sus dependencias y la lista de funcionarios civiles encargados de la tarea de gobierno y administración chilenas.

Imponíase la capitación por categorías y grupos de personas consideradas más ó menos notables. En cada contrariedad ó fracaso en el plan

desarrollado, una nueva cuña en forma de cupón se introducía á golpes en los horcegués que el tributo ajustaba en el exhausto organismo económico peruano. Así hubo de surgir como obra de la desesperación, el transitorio y fugaz gobierno de Chorrillos, encabezado, no obstante, por uno de los personajes más justamente reputados por su claro talento y sus altas dotes de patricio ilustre, el doctor Francisco García Calderón. Más, por eso mismo resultaba el ménos á propósito en aquellos momentos de confusión y desbarajuste, no tanto para establecer un orden de cosas que allegara numerosos prosélitos, sinó para secundar las miras chilenas que tenían que ser exigentes en grado tal, que no pudiera una conciencia escrupulosa aceptarlas sin completo sacrificio de antecedentes, de nombre, de convicciones y de porvenir en absoluto.

Sucede en la práctica que cuando el pueblo en sus angustias demanda un salvador, ofreciéndolo todo, y este surge abnegado y consume el sacrificio librando á los oprimidos, pero sin librar también la integridad de sus intereses y el total de sus afectos, sucede que al sacudir la opresión y respirar con libertad, la voz de la gratitud que debiera sonar la primera, se convierte en grito de anatema repitiendo: traidor!, traidor!

Si el ejemplo no abundase en la historia de los pueblos para constancia de la ingratitude humana, presentaríalo el general Iglesias en el peruano que aún lo persigue con aquel injustificable anatema. Iglesias era un propietario rico, tenía una familia unida y feliz, hijos honrados, inteli-

gentes y valerosos, y gozaba por ende de todas las consideraciones sociales y del respeto que generalmente le tributaban los vecinos del histórico pueblo de los incas, hoy capital notable del departamento de Cajamarca. Llevó á la campaña el contingente de sus influjos, de su dinero, de su familia toda y de su propia persona, ocupando con lustre la cartera de la guerra y prestándose por su sagacidad y claro juicio, á todos los consejos para organizar en brevísimo tiempo, como cooperador eficaz del laborioso dictador Piérola, los elementos de defensa que resistieron á tres bombardeos y tres batallas campales.

Fué perdiendo uno á uno á los miembros del su hogar querido; en cada combate dejaba con la vida de un hijo un girón de sus entrañas, y él mismo, despues de una brillante defensa en Chorrillos y Morro Solar á la cabeza de la primera división del ejército y cuando ya no quedaban combatientes á su alrededor, se entregó noblemente á los enemigos, que respetaron ese aspecto varonil en que las canas son el blanco símbolo de una vejez honrada.

Empobrecido en su fortuna, enlutado en su hogar, perdida la libertad y sacrificado cuanto más se ama y estima en el mundo, hizo todavía el mayor y último de los sacrificios. Nadie podía poner en duda su abnegación y patriotismo; el prisionero de Chorrillos, popularmente amado, era quien ménos pudiese inspirar recelos á sus compatriotas, cuando, para salvarlos del yugo extraño, aceptó la misión que le imponían para tratar de la

liberación de la patria, del retiro del invasor y de las condiciones del rescate que, bien se comprende, debían ser tan duras como lo exigían los esfuerzos, anhelos y sacrificios realizados por Chile en tan larga campaña, coronada con una victoria completa y ámplia.

De allí el tratado de Ancón que ponía en la letra lo que estaba en el hecho, esto es, dar á Chile la posesión absoluta y definitiva de la ocupada y chilenezada provincia de Tarapacá y el dominio transitorio de los territorios de Tacna y Arica. Esto era lo esencial, porque la participación en los productos del huano y en la adjudicación de depósitos nuevos ó no explotados todavía de esta sustancia, no importaba humillación como todo aquello en que interviene ó se salva con el dinero.

Conviene á nuestro propósito reproducir la parte pertinente de aquel tratado que ha de citarse á cada paso, cuando entre, como entrará en breve, en tela de discusión, el epílogo de la guerra del Pacífico, consistente en la posesión definitiva y el dominio legítimo de los territorios sugetos hoy al usufructo transitorio de Chile.

El pacto fué ajustado en Ancón y firmado en Lima en 20 de Octubre de 1883, por los plenipotenciarios José Antonio de Lavalle y Mariano Castro Zaldívar de parte del Perú, y D. Jovino Novoa de parte de Chile, con estas estipulaciones:

La República de Chile, de una parte, y de la otra la República del Perú, deseando restablecer las relaciones de amistad entre ámbos países, han

determinado celebrar un tratado de paz y amistad, y al efecto, han nombrado y constituido por sus plenipotenciarios, á saber: S. E. el Presidente de la República de Chile, á D. Jovino Novoa, y S. E. el Presidente del Perú, á D. José Antonio de Lavalle, ministro de relaciones exteriores y á D. Mariano Castro Zaldívar. Quienes despues de haberse comunicado sus plenos poderes y de haberlos hallado en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º Restablécense las relaciones de paz y amistad entre las repúblicas de Chile y del Perú.

Art. 2.º La República del Perú cede á la República de Chile, perpétua é incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral de Tarapacá, cuyos límites son: por el norte, la quebrada y rio de Camarones; por el sud, la quebrada y rio del Loa; por el oriente, la República de Bolivia y por el poniente, el mar Pacífico.

Art. 3.º El territorio de las provincias de Tacna y Arica, que limita por el norte con rio Sama, desde su nacimiento en las cordilleras limítrofes con Bolivia; hasta su desembocadura en el mar; por el sud con la quebrada y rio de Camarones; por el oriente con la república de Bolivia y por el poniente, con el mar Pacífico, continuará poseido por Chile y sugeto á la legislación y autoridades chilenas, durante el término de diez años, contados desde que se ratifique el presente tratado de paz. Expirado este plazo, un plebiscito de

cidirá en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio y soberanía de Chile, ó si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países á cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna y Arica, pagará al otro diez millones de pesos, moneda chilena de plata, ó soles peruanos de igual ley y peso que aquella. Un protocolo especial, que se considerará como parte integrante del presente tratado, establecerá la forma en que el plebiscito deba tener lugar y los términos y plazos en que hayan de pagarse los diez millones, por el país que quede dueño de las provincias de Tacna y Arica.

Art. 4.º En conformidad á lo dispuesto en el supremo decreto de 9 de Febrero de 1882, por el cual el gobierno de Chile ordenó la venta de un millón de toneladas de huano, el producto líquido de esta sustancia, deducidos los gastos y demás desembolsos á que se refiere el artículo 13 de dicho decreto, se distribuirá por partes iguales entre el gobierno de Chile y los acreedores del Perú, cuyos títulos de crédito aparecieren sustanciados con la garantía del huano. Terminada la venta del millón de toneladas á que se refiere el inciso anterior, el gobierno de Chile continuará entregando á los acreedores peruanos el cincuenta por ciento del producto líquido del huano, tal como se establece en el mencionado artículo 13, hasta que se extinga la deuda ó se agoten las covaderas en actual explotación. Los productos de las covaderas ó yacimientos que se descubran en lo futuro

en los territorios cedidos, pertenecen exclusivamente al gobierno de Chile.

Art. 14. El presente tratado será ratificado y las ratificaciones cangeadas en la ciudad de Lima, cuanto ántes sea posible, dentro de un término máximo de ciento sesenta días, contados desde esta fecha. En fé de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo han firmado por duplicado y sellado con sus sellos particulares.

La experiencia y el juicio previsor de los estadistas chilenos no podían engañarse en cuanto al éxito de lo estipulado entre el vencedor que impone y el representante de los vencidos, indudablemente prontos á reprobear en la libertad lo que hallasen salvador durante la opresión; no podían engañarse sabiendo cuán fácil es colgar á un hombre el sambenito, rehuyendo el conjunto una responsabilidad que siendo colectiva ninguno aceptaría individualmente. Cristo, el Redentor, habia sido negado por uno y vendido por otro de sus discípulos, y no eran sinó doce. En previsión, pues, de futuras emergencias, consignaron en el pacto este protocolo complementario destinado á ejercer presión sobre el país y reducirlo á la participación de los resultados.

Art. 1.º Mientras se perfecciona por la ratificación del congreso peruano el tratado de paz suscrito en Lima con esta fecha, la República de Chile queda autorizada para mantener un ejército

de ocupación en aquella parte del territorio del Perú que el general en jefe lo estime necesario, siempre que las fuerzas de que haya de componerse aquel ejército no estorben ni embaracen en manera alguna el libre y pleno ejercicio de la jurisdicción que corresponde á las autoridades nacionales del Perú.

Art. 2.º Para subvenir en parte á los gastos que impondrá á la República de Chile el mantenimiento del ejército de ocupación, el gobierno del Perú entregará mensualmente al general en jefe de aquellas fuerzas, á contar desde la fecha del presente protocolo, la suma de trescientos mil pesos en plata efectiva, que se deducirá en primer término de las rentas nacionales del Perú.

A lo transcrito añadiremos en resúmen para no alargar, que las demás estipulaciones de este protocolo se refieren al libre uso por los chilenos ocupantes, de los telégrafos y líneas férreas del estado, de los hospitales, edificios, etc., en donde podrían colocar guarnición armada y á otras no ménos deprimentes medidas de constreñimiento para alcanzar prontos y cumplidos resultados.

Así fué, en efecto. El congreso peruano, reunido en tiempo oportuno y encarnado hasta donde ello era posible, la representación nacional, aprobó el pacto que ratificado á su turno por el congreso chileno, fué canjeado en Lima en 28 de Marzo de 1884. De este modo los diez años estipulados para el dominio transitorio de Chile sobre las regiones de Tacna y Arica, comenzaron á regir

desde la fecha de las ratificaciones canjeadas y expirarán fatalmente el 28 de Marzo de 1894.

Pero ántes debe cumplirse con lo dispuesto en el tratado, estableciendo en el protocolo complementario é integrante del pacto principal, la manera y el modo de obtener la voluntad popular de la mayoría en un plebiscito, y hasta ahora no tenemos noticia de que ese protocolo se hubiese acordado ni hecho, lo que ciertamente llama la atención en lo que toca al Perú, el más interesado, porque respecto de Chile la tarea es llana y sin dificultades de ningun género.

¿Cómo habrá de realizarse el plebiscito?

Si no son los ejemplos lo que falta, son las consecuencias lo que más dudas siembra en cuanto á la verdad y justificación de sus fallos. Los romanos dieron á los plebiscitos fuerza obligatoria despues de tres leyes dictadas, para consagrar su autoridad, llegando á ser una de las fuentes del derecho público y privado. “En los comicios por partidos todos los ciudadanos plebeyos y patricios se distribuían por circunscripción territorial. Todos tenían igual derecho al voto y votaban por cabeza sobre la base de una perfecta igualdad.”

“Los romanos, dice Montesquieu, solos, sin los patricios ni el senado y votando los plebeyos, pudieron hacer leyes que se llamaron plebiscitos.”

Incorporada esa práctica en las costumbres

políticas, el plebiscito vino á ser: voto del pueblo por el sí ó por el no, como los plebiscitos de 1852 y de 1870 en Francia. Lamartine, dice del de 1793: Vergniaud coge la pluma y redacta apresuradamente el acta de la suspensión provisoria de la monarquía; vuelve al recinto y lee en medio del profundo silencio y á cuatro pasos del rey que le escucha, el plebiscito de la decadencia.

“Toda afirmación del sufragio universal dice Proudhom, es un plebiscito y todos los plebiscitos se parecen en lo de servir más á las tiranías que á los pueblos.”

Esta opinión se confirma con la historia de los plebiscitos de Napoleón hasta el del año 70 de la defensa nacional. El imperio os ofrece paz, trabajo y bienestar; la república os ofrece anarquía, miserias y sombras—elegid! Tal puede ser la síntesis de los plebiscitos en que se acude á las muchedumbres y se busca el apoyo bruto del número.

El caso más parecido y análogo al que tratamos en el momento actual, es el plebiscito para la anexión de la Saboya y Niza á la Francia. Un tratado prescribía también como en el de Ancón, la necesidad de consultar al pueblo y así se hizo, resultando; como no podía ménos que suceder, favorable el éxito á la Francia ya poseedora de Niza y Saboya y que habia tomado anticipadamente sus medidas para dominar en medio del desconcierto de los naturales en la región anexada.

Esa consulta en Tacna habia de ser como fué en Nápoles universal y sin más exclusión que la de

los menores de edad y los condenados á pena corporal infamante. Debe suponerse que habrá inscripciones de estantes y habitantes para formar la lista por partidos y evitar el fraude estableciendo el orden. Todo eso y la constitución de las mesas receptoras, exige madura deliberación y no poco espacio, lo que aumenta la extrañeza que causa el silencio guardado hasta el día en lo referente al protocolo complementario para el plebiscito.

Tres elementos han de concurrir en Tacna y Arica al sufragio popular: el chileno en primer término, el peruano en segundo y los extranjeros en que forman una inmensa mayoría los bolivianos, el tercero. Este último indudablemente ha de decidir el caso pesando en la balanza, suponiendo, como debe suponerse, que no arroje Chile al otro platillo y arrastrando la censura universal, una masa de elemento propio que pese sin competencia.

Resalta desde luego la importancia trascendental de ese hecho que ha de verificarse en el seno de la América y en una de las regiones más importantes del Pacífico. Las naciones todas del continente, habian de darse cita para presenciar aquel torneo y recoger profundas enseñanzas al mismo tiempo que, constituyéndose jueces del campo, influirán con el poder moral á regularizar y encerrar dentro de caballerescos límites aquella decisión de vida ó muerte.

Dejando establecido que el plebiscito se realice llenando todas las formalidades que le den

prestigio y eviten los fundamentos de una protesta contraria á la definitiva radicaci3n de la paz internacional, nos queda el estudiar sus consecuencias en relaci3n á cada uno de los pa3ses que disputan aquellos territorios y en relaci3n á estos mismos, es decir, á Tacna y Arica colocados en estado verdaderamente excepcional y digno de atento exámen.

Las regiones disputadas si fuese posible humanizarlas para aclarar el pensamiento, diríase que extienden su brazo derecho activo y laborioso hácia las conquistas territoriales de Chile; su brazo izquierdo que arrastra consigo el corazón, hácia el territorio peruano, y el resto de su economía, de sus juegos vitales, de su circulaci3n sanguínea y, en fin, de su existencia comercial y de su importancia, hácia Bolivia, que en la historia viene á ser, estudiando sin juicio prevenido ni ofuscaciones ajenas al anhelo de la verdad, su progenitora, su fuente única de elementos para su robustez y desarrollo, su tributaria durante tres siglos para recibir de fuera y sacar de dentro todas las producciones que lleva y trae el cambio mercantil.

Ya vimos cómo el potentoso auge de las minas de Potosí hizo al virey escoger Arica, punto ocupado por aborígenas pescadores, como puerto de comunicaci3n hácia el Alto Perú. Vimos también cómo Tacna, valle amenísimo, residencia de indios sometidos á un cacique, fué convertido en el pueblo de Tacna, castellano y ocupado por los primeros agentes que habían de servir desde allí á los exploradores y colonizadores de la regi3n in-

ter-andina que hoy se llama Bolivia. Vimos así mismo que durante la lucha de la independencia y cuando el dominio de España se mostraba preponderante y arraigado en el Perú, Tacna secundaba los movimientos de insurrección patriota nacidos en La Paz y Buenos Aires, lo que demuestra hácia qué lado se hallaban sus vínculos. Referimos también el cómo en los primeros años de la república, Tacna, capital de distrito y después capital de provincia, fué erigida en capital del rico departamento de Moquegua, con Arica y Tarapacá, por el presidente de Bolivia y protector de la confederación Perú-boliviana, Gran Mariscal Andrés Santa Cruz.

Añadiremos á lo dicho que el comercio en tránsito de Bolivia, dejaba en Arica y Tacna, aparte del natural ensanche y engrandecimiento de la población, un permanente caudal de recursos fiscales, habiendo aceptado por muchos años los comerciantes de Bolivia una alcabala creada con destino á la construcción de la iglesia Matriz de esta última ciudad y que produjo sumas suficientes para levantar dos basílicas. Esto, sin contar con que las rentas de la aduana de Arica, que es aduana boliviana, administrada ántes por el Perú y hoy por Chile, entregada una subvención á Bolivia, se distribuían entre el pago de funcionarios públicos, servicio de seguridad, culto, enseñanza y mejoras locales.

Para corroborar lo dicho, es del caso copiar el artículo 6.º del pacto de tregua celebrado entre Chile y Bolivia en 4 de Abril de 1884 y ratificado

en Noviembre del mismo año. En este pacto se deslinda claramente lo que podría significar la internación por Arica para el consumo de esas regiones y lo que significa la importación para Bolivia. Dice así:

“En el puerto de Arica se cobrarán conforme al arancel chileno, los derechos de internación por las mercaderías extranjeras que se destinen al consumo de Bolivia, sin que ellas puedan ser en el interior gravadas con otro derecho. El rendimiento de esa aduana se dividirá en esta forma: un 25 % se aplicará al *servicio a huanero* y á la parte que corresponde á Chile por el despacho de mercaderías para el consumo de los territorios de Tacna y Arica y un 75 % para Bolivia. Este 75 % se dividirá *por ahora*, de la manera siguiente: 40 avaspartes se retendrán por la administración chilena para el pago de las cantidades que resulten adeudarse por Bolivia, en las liquidaciones que se practiquen, por los perjuicios á nacionales chilenos en el secuestro de sus bienes decretados durante la guerra y para satisfacer la parte insoluta del empréstito boliviano levantado en Chile en 1867; y el resto se entregará al gobierno boliviano en moneda corriente ó en letras á su orden. El gobierno boliviano, cuando lo crea conveniente, podrá tomar conocimiento de la contabilidad de la aduana de Arica.”

Se vé, pues, que si de parte del Perú militan las incuestionables razones de integridad y de honra nacionales y de parte de Chile las de engrandecimiento propio y preponderancia interna-

cional, de parte de los directamente interesados, tacneños y ariqueños, la solución fluctúa entre sus afectos, sus temores y sus esperanzas, siendo de notar que sus afectos pugnan con sus esperanzas y éstas quizás cederían ante la expectativa de los temores. Más claro, Tacna y Arica peruanas querrían ser del Perú recibiendo la vida de Bolivia y bajo el poder organizador de Chile. Sus simpatías las llevan hácia el Perú rechazando á Chile y á Bolivia. Sus intereses y su vida las vinculan á Bolivia contra su afecto al Perú y su temor á Chile. Hé ahí la decisión reservada al plebiscito.

Ahora bien; entrando en el terreno de las hipótesis y procurando mirar claro para llevar elementos sanos al juicio de nuestros lectores, supongamos que el plebiscito fuera favorable al Perú lo que, sinceramente hablando, se presenta por muchos conceptos difícil.

Vale explicarlo: en la situación especial peruana y cuando á pesar de la robustez de su organismo no ha logrado reponerse siguiendo una convalecencia lenta, no tanto, por la crisis de la guerra externa cuanto por la perpétua agitación que procede de causas íntimas, parécenos difícil que pueda allegar, organizar é introducir en los territorios disputados, nuevas fuerzas populares, mayor cúmulo de sufragios con que en el momento actual puede contar y cuenta. Añádese que la opinión de los que podríamos llamar neutrales por no ser ni chilenos ni peruanos, no solamente se propicia con la buena administración y las garan-

tías amplias que Chile ofrece, sinó que por una aberración inexplicable, la prensa de aquella región, estrecha y localista, y lo que es peor, seguida por algunos diarios de la ilustrada Lima, no hace más ni ménos perpétuamente que enagenarse las voluntades, procediendo con un deplorabilísimo criterio y una miopía más que infantil.

Más, admitiendo que la cordura renazca en aquella nación digna por toda suerte de títulos de la consideración del mundo en donde hace tantos siglos resuena su fama; suponiendo que á la aproximación del plazo cese la discordia, se aúnen todos para la obra patriótica de rescatar un girón del territorio cautivo, que ya hace tiempo encuentra soportable y más que soportable un cautiverio halagüeño y sin nada, ni ningun estímulo que enardezca y mantenga latente el sentimiento pátrio; suponiendo todo eso, queda una no pequeña dificultad que podría ser allanada y que podría muy bien no serlo. Consiste esta en los diez millones de pesos que el Perú entregaría como precio del rescate y que por las combinaciones realizadas para el pago de los acreedores peruanos en Francia, acumulando el importe al monto del rescate, ascienden y ascenderán hasta su término á un 50 % más de lo estipulado, calculando por lo más bajo.

Nada hay, sin embargo, imposible para el pueblo que quiere levantarse sobre sus desgracias y reconquistar el puesto de honor y de respeto que merece en la historia. En este concepto y

siguiendo nuestra hipótesis, demos como rescatado por el Perú el territorio cautivo y reincorporado este á la familia primitiva. Chile habrá escrito honradamente el epílogo de la guerra del Pacifico, y Bolivia cuyas expectativas no pueden, ni deben negarse, cancelará toda idea de adquisición legal de aquello que en el hecho le debe vida y movimiento y le está vedado en el derecho.

Aquí es menester buscar corroboraciones en la historia y probar sin detenernos mucho, el cómo Bolivia ha respetado perpétuamente la integridad peruana, no intentando nunca tomar por medios ilegales los territorios de Tacna y Arica que la naturaleza y las evoluciones de la vida económica parecen haber hecho su parte integrante.

Durante el protectorado del mariscal Santa Cruz, debían formar parte de la confederación Perú-boliviana Tacna y Arica, constituyendo con los departamentos limitrofes de Bolivia un estado central. Bolivia dominaba entonces y hubiera sido fácil mantener la posesión de aquellos territorios, cuyos principales habitantes no miraban aquel hecho con malos ojos, como se ha comprobado en diversas ocasiones, si bien reservando nombres propios para no exponerlos á la inconsciente befa de las muchedumbres. No son tampoco extrañas hoy mismo ciertas tradiciones anexionistas que los viejos tacneños han recordado siempre en las guerras políticas para quitar ó dar prestigios á determinados personajes acusados de bolivianismo. Después de las victorias de Yanacocha y So-

cabaya, la posibilidad se acentuó marcadamente, y los historiadores de aquel tiempo recogieron artículos de periódico y documentos oficiales que existían en las bibliotecas, en que se habla de actas de anexión y se marca con el título de traidores á los enemigos de Gamarra y Salaverry. El año 41 invadió el primero de estos generales á Bolivia, con un fuerte ejército y libró una batalla, para él desastrosa, en los campos de Viacha. El ejército victorioso del general boliviano José Ballivian, entró en territorio peruano por diversos puntos y ocupó Tacna sin el menor pensamiento de apoderarse de esta región, ni aun á título de resarcimiento de los gastos ocasionados por una agresión sin precedente.

De manera, pues, que está certificada y sellada la escrupulosa lealtad con que Bolivia ha respetado la integridad de su vecino sin intentar nunca recurrir á la fuerza para tomar, pudiendo hacerlo, aquella zona que viene á ser como la garganta y boca de su organismo territorial.

Si el plebiscito decide en favor del Perú, Bolivia no tiene lógicamente que pensar más en la vía de Tacna que alimentaba con empeño, en fuerza de alimentar también esperanzas libradas á los arreglos de una sábia y previsora diplomacia, y entónces dirigirá sus esfuerzos á mejorar las condiciones de las dos arterias mercantiles que en el norte establecen la vía mixta de navegación y ferrocarril por el lago Titicaca y los centros de Puno, Arequipa y Mollendo, y la que pasando por Oruro y Huanchaca remata en el antiguo puerto

boliviano de Antofagasta, hoy ocupado por Chile.

¿Qué será entónces de Arica y Tacna? La primera, retrocediendo algunos siglos, será á lo más puerto menor ó caleta destinada á las pequeñas importaciones que demande el consumo local. La segunda será una ciudad tranquila, sin movimiento que no sea de retrogradación y viviendo ajena á las agitaciones del comercio y de la industria, si bien enclavada en el verde marco de su campiña matizada por la encendida flor de sus granados, regalada por sus frutos sin rival en el mundo y acariciada por el perfume de los azahares y chirimoyos de sus huertos.

En esa guerra de hostilidades entre vecinos; en ese recelo y emulación de hermanos que ha soplado perpétuo antagonismo buscando preponderancias pueriles con beneficio para los caudillos, la interdicción entre Tacna y los centros comerciales del norte de Bolivia ha sido oficialmente decretada y cumplida en diversas ocasiones. La paralización completa, la decadencia inmediata, las quiebras comerciales y el malestar general, han sido su consecuencia. Una de las más largas interdicciones, fué la decretada por el presidente de Bolivia doctor Lináres, el año 58. Por más de diez meses estuvo clausurado y prohibido para Tacna y Arica el comercio boliviano, y la ruina era no solamente para las casas de consignación y agencias de compra, venta y transporte, sinó para la numerosa cantidad de arrieros cuyas récuas fomentan las extensas vegas productoras de heno y

de alfalfa en Calana y Pachía. Fué necesaria la sumisa súplica del comercio extranjero de Tacna y las protestas más ó ménos explícitas de los transportadores á que se unía el clamor general, para que se abriese de nuevo la comunicación y volviese la vida por la corriente que los Andes bolivianos desciende hasta el mar Pacífico.

Pero, en fin, si el plebiscito favoreciese á Chile, ganaría muy poco el territorio anexado, á pesar de la buena administración, estricta economía y tolerante política que sábiamente han ejercido los chilenos durante la ocupación transitoria y que se revela en el estado floreciente que hoy ofrece y los adelantos materiales conseguidos en diez años de dominio extraño y no alcanzados en dos siglos de dominio propio.

Podría decirse que proseguirá como hasta aquí y creciendo siempre; pero para eso necesitaría esclavizarse,—lo que es imposible—el comercio boliviano fomentado hasta hoy por expectativas muy fundadas y que en lo sucesivo buscará su nivel, siguiendo como el agua sus fáciles corrientes y ensanchando los dos cauces abiertos el uno hácia el norte por Mollendo y el otro hácia el Sud por Antofagasta.

Lo único que haría de Tacna y Arica dos emporios con un brillante porvenir asegurado, sería la construcción de un ferrocarril directo y pasando por Corocoro á la ciudad de La Paz en Bolivia. Ese proyecto se ha acariciado durante muchos años y se han repetido los estudios, hecho los pla-

nos y marcado los trazos, pero había empeño, decidido empeño en que no se llevara á cabo. No es ningun secreto la oposición que ha encontrado siempre en los congresos y el gobierno de Lima. El ferrocarril de Tacna á La Paz, mataria el de Mollendo á Arequipa y Puno que sirve á las necesidades del comercio boliviano en conexión con el lago Titicaca navegado á vapor. Arequipa y Puno no alcanzarían nunca por sí solos á pagar los gastos de la explotación de esta línea, y su vida activa, hoy debida en parte á ese comercio, languidecería hasta ser un peligro el día en que cambiase de curso dirigiéndose á Tacna los elementos con que aquellos cuentan y á que se aferran en el momento actual.

Consignadas están las palabras de oposición agresiva hecha en la alta cámara peruana por el senador Escobedo, en *El Redactor de las sesiones* del congreso en los últimos años anteriores á la guerra, que sentimos no reproducir por no tenerlas á mano, y se recuerda las que particularmente pronunciaba como explicación de su poca voluntad al ferrocarril tacneño, otro senador y de los más ilustrados, el histórico general Vivanco: "Si Tacna y Arica han de irse, al fin, hácia Bolivia por el curso de las cosas, preferible es que nosotros no les pongamos los zapatos."

El inteligente abogado y senador por Tacna, doctor Emilio Forero, campeón inquebrantable del ferrocarril y de los progresos de su país, necesitó trabajos de zapa y derroches de elocuencia para modificar un tanto la oposición tenaz que se ofre-

cía entónces y, es claro, se ofrecería hoy á esa ferro-vía, si volviese Tacna al seno de su antigua familia. Y aunque no pasaría lo propio si los actuales poseedores, los chilenos, lo fueran definitivamente por el plebiscito, es evidente que Bolivia no teniendo interés ninguno en fomentar la línea á Tacna, no prestaría su cooperación á la idea, llevando más bien todo su concurso á las líneas bolivianas que partiendo de La Paz empalmarán costeando el lago con el ferrocarril de Puno y á su línea en actual explotación que parte de Oruro hasta el territorio de la costa boliviana ocupada por Chile.

En este punto y dado ya el hecho como sucedido, esto es, que la voluntad popular opte en el plebiscito por la anexión á Chile, es decir, cuando ya el Perú nada tuviera que hacer en el asunto, la acción de Bolivia podría ejercerse sin escrúpulo alguno en resguardo legítimo de sus intereses y sin mengua de su vecina y antigua aliada, á la cual fué leal en todo tiempo. Hé ahí la expectativa de pura observación que tiene hasta este momento Bolivia. ¿Pasan Tacna y Arica al Perú? Bolivia dá el parabien y arregla sus intereses dentro de casa. ¿Pasan Tacna y Arica á Chile y se desprenden definitivamente de todo vínculo peruano? Entónces Bolivia entra ya de lleno á tratar con Chile la cuestión de sus fronteras. Chile ocupa hoy todo el litoral boliviano de Atacama al mar y del Salado al Loa. Las riquezas salitreras, mineras y huaneras de Bolivia que dán pingües rendimientos al fisco chileno, han pagado ya con

exceso durante los diez años de tréguva transcurridos, los gastos que la guerra pudo haber ocasionado á Chile. El rescate ha sido más que régio y ya es tiempo de tratar las cosas en conciencia. Pensar en que Chile devuelva á Bolivia su costa, estableciendo solución de continuidad entre sus antiguos y sus nuevos dominios, es pensar en algo que toma las proporciones de lo absurdo. Más también encerrar á Bolivia, ahogar su respiración, arrebatarle toda salida propia á título de interés egoísta, es crear una situación de fuerza permanente sin paz posible, porque la paz es la vida, es el aire para los pulmones, es la libertad para su ensanche y sus movimientos, es la independencia comercial y es la autonomía que dá puesto entre las naciones del mundo.

Chile sabe siempre á dónde vá y comprende que si ha de buscar el reposo despues de diez años de fatigas, si definidos sus límites andinos con la Argentina y concluidas sus diferencias con el Perú, quiere en perfecta tranquilidad entrar al goce de los beneficios conquistados en fuerza de heroísmo y sangre, claro está que no ha de tener la imprevisión de dejar latente un germen de contrariedad continua y de enemistad inconciliable dentro de una vecindad que le toca por todas partes y que puede interponerse con beneficio para todos, entre los enemigos naturales é irreconciliables en nuestro concepto, en la perpetuidad de los siglos.

En previsión de este caso, escribía últimamente el publicista chileno señor Miguel Rodrí-

guez Mendoza, un trabajo lleno de sensatez y de elevado criterio, del cual tomamos algunas frases que dicen así:

“La misma cuestión del dominio de Tacna y Arica, no prestaría la menor dificultad en el caso de que el plebiscito fuese favorable á Chile, pues como ya lo hemos insinuado en otra parte, conveniría á la política y á los intereses de nuestro país, que cediésemos á Bolivia los territorios comprendidos entre el río Sama y la quebrada de Camarones.

“De este modo las provincias que en el Perú se designan con el nombre de cautivas, no quedarían gobernadas por los vencedores de la guerra de 1879, y es de suponer que no sería muy doloroso para sus habitantes estar sugetos á la legislación y á las autoridades de una república, cuyos soldados, en unión de las tropas peruanas, regaron con su sangre las alturas de la Alianza.”

Hablando del pacto de tregua, que ya conocen nuestros lectores, añade el señor Rodríguez Mendoza: “Bolivia en lugar de un tratado de esa naturaleza, habría suscrito uno de paz; sus propósitos fueron expuestos claramente y hay que reconocerlos como sinceros y encaminados al ensanche de sus relaciones con Chile.

“Pero los negociadores tropezaron desde el primer instante con una dificultad insalvable: la de no poder nuestra cancillería en el año 84, encontrar un modo correcto de ofrecer al pueblo bo-

liviano el dominio de un puerto en las costas del Pacífico...

“Hízose preciso esperar que transcurrieran los diez años de ocupación chilena en los territorios peruanos, situados al norte de Camarones.”

Recuerda con este motivo las siguientes palabras pronunciadas como plenipotenciario ad-hoc de Bolivia en las conferencias á bordo de la corbeta americana Lackawanna, por el doctor Baptista, actual presidente de esa república:

“No fijemos, decía ese distinguido político, en las fronteras de nuestras repúblicas poderes suspicaces y celosos que se estén espionando recíprocamente, y absorviendo para sus ejércitos y sus armadas, aumentados incesantemente, la savia de los pueblos.

“La expansión propia nuestra, á la que tenemos derecho, es la de la industria, la de la comunicación, la del capital fecundo, en lo que se extenderá más el pueblo que tenga más poder.”

Y lo recuerda para añadir en seguida: Las facilidades que diéramos á Bolivia á fin de procurarle una salida propia á las costas del Pacífico, vendría á satisfacer exigencias y necesidades que se relacionan no solo con los intereses de las industrias bolivianas, sinó tambien con el desarrollo y predominio de nuestro comercio en la América occidental.”

Para no aumentar las citas ni prolongar este trabajo, recordaremos que el ministro de relaciones exteriores de Chile señor Vergara Albano, sus-

eritor del pacto de tregua, decia al congreso nacional: “Del protocolo que precede se desprende que si en las conferencias de 7 y 10 de Diciembre no se llegó á un resultado práctico, pudo al ménos saberse que para la negociación de un tratado definitivo de paz, presentaban los plenipotenciarios de Bolivia con el carácter de indeclinable, la condición de que á este país se le dejase un puerto propio en el Pacífico.

“Siendo en esas circunstancias imposible para Chile el aceptar y cumplir aquella condición, los representantes de ámbos países hubieron de persuadirse de que las negociaciones no podrían llegar al término definitivo. La idea de celebrar un tratado de paz, quedó así aplazada para un momento más oportuno, y los negociadores se ocuparon en buscar la solución del conflicto bélico, por medio de un pacto de tregua que diera á ámbos países tiempo y reposo para preparar de la manera más conveniente el ajuste de aquel tratado.”

Empeño y grande ha sido el nuestro para sobreponernos á toda pasión tachable de individual y mezquina y para escribir historia, presentar situaciones y definir expectativas, susceptibilidades de los lectores, segun la nacionalidad á que pertenezcan. En el acopio de datos, hemos buscado las fuentes más puras y empleado al coordinarlos el lenguaje de la sinceridad y la templanza. Si al-

gun ligero rasguño dañase á la colectividad ó á los individuos, si alguna alusión reabriese heridas mal cerradas por el tiempo, no se culpe á mala voluntad nuestra, pues no se camina por entre zarzas y espinos, sin dejar, aunque no fuese más, un girón de las ropas con que para cruzar tal camino nos cubrimos anticipadamente.

Las cuestiones presentadas en este trabajo, han de provocar muy fecundo debate público en la prensa americana y europea. No nos arrebatarán, desde luego, el honor de la iniciativa, y á “La Nación” de Buenos Aires, el de la primicia.

BROCHA GORDA.



POST SCRIPTUM

Las verdades de la historia aun dulcificadas con esmero, no pueden pasar sin dejar huella sensible si afectan al patriotismo dolorosamente. De allí las controversias suscitadas por los estudios históricos. Las rectificaciones los siguen de inmediato; la susceptibilidad personal se alza contra el olvido de merecimientos que se supone notorios; las réplicas moderadas ó acerbas, según la ilustración ó la pequeñez de alma de quienes las dirijen, brotan sin número dividiendo la opinión pública, que al fin desentraña la verdad y coloca las cosas en su sitio.

No por haber sido rigurosamente justos y estudiadamente veraces en el escrito á que damos término con estas líneas, hemos de librarnos de reprobaciones y de invectivas. Hay que contar con todo, hasta con la ira de los que no discurren cuando se trata del terruño y condenan de oídas sin exámen de antecedentes ni conocimiento de causa.

Sin embargo, hasta el momento actual, aparte rectificaciones, ó más bien comentarios, porque parece que no hemos errado, ni adulterado cosa alguna, solo tenemos la réplica del señor José León Suarez, fundada en sentimientos nobilísimos y en doctrinas de moral que desgraciadamente no sirven para encaminar las relaciones de los estados

entre sí, ni para sustituir á la ley de los intereses positivos y permanentes de los pueblos. Contestaremos rápidamente.

Dice el señor Suarez:

“Pensar que pierda el Perú la posesión de esas dos provincias para que pasen á poder de Bolivia, es algo que no se aviene con los sentimientos de lealtad y gratitud internacional que deben existir y existen en el pueblo boliviano. Bolivia necesita, es cierto, só pena de morir asfixiada, tener una salida hácia el Pacífico, pero no lo es ménos que esto no debe ser á costa de su aliada de ayer.

“No, dirá el autor de los artículos, porque Bolivia entraría en posesión de esos territorios “después de ser chilenos”, “cuando ya el Perú nada tuviera que hacer en el asunto”, segun sus palabras, en cuyo caso “la acción de Bolivia podría ejercerse sin escrúpulo alguno en resguardo legítimo de sus intereses.”

“A esto contestaríamos: que aún sucediendo las cosas, segun la hipótesis poco probable que supone el autor de los artículos, Bolivia siempre tendría una obligación moral para con el pueblo que fiel á su palabra se sacrificó por ella, y le correspondería ó buscar una salida por los ferrocarriles peruanos del departamento de Puno, ó hacer un arreglo más conveniente para Bolivia que el que prescribe el artículo 6.º del tratado de trégua firmado con Chile en 1884 y seguir importando y exportando por el puerto de Arica.”

Segun esto la lealtad, tal como la entiende

nuestro ilustrado replicante, ha de ser de ultratumba y Bolivia, para ser fiel á la alianza, ha de seguir respetando á Arica y Tacna chilenos, por la sola consideración de que fueron peruanos, haciendo justamente lo que el Santo Padre que consagra obispos *in partibus in fidelium* de diócesis que no existen sinó en la memoria de la iglesia.

Bolivia no pretende puerto ni cosa alguna á costa del Perú; lo hemos probado. Lo que pretende con justísimo derecho, es que Chile, al tratar definitivamente la paz; le dé puerto en el Pacífico. Todo es de Chile, todo se entiende con Chile y se pretende de Chile y si Bolivia, despues del plebiscito favorable á Chile, obtuviese Tacna y Arica, no sería á costa del Perú sinó á costa de Chile.

Es una obsesión inconcebible la que embarga ciertos espíritus que aceptan sumisos la ley del vencedor y no pueden soportar que el botin recogido pase á terceras manos, como si el que juega y pierde y paga conscientemente la pérdida, se mortificase porque el valor pagado no quedase íntegro en las cajas del ganancioso. Admítese que las regiones indicadas sean de Chile y se sublevan á la idea de que Chile disponga de ellas.

Para la esperanza de recobrarlas algun dia, el dueño no haría al caso. Romper pactos, llevar guerras y arrebatar territorios, és asunto de mucho dinero, algun patriotismo y muy poca vergüenza y este es uno de los casos en que querer no es poder.

El señor Suarez cree que lo mejor sería que Bolivia siguiera importando y exportando por Arica aunque no fuese peruano ese puerto y además por el de Mollendo que es peruano, lo que en resúmen equivale á decir que la fidelidad á la alianza consistiría para Bolivia en aceptar su clausura y seguir siendo tributaria del Perú, en compensación, segun él, de haberse este sacrificado por aquella. Conviene que brille la verdad histórica y que no se abuse ya de ciertas frases seductoras en la apariencia y falsas en el fondo. El Perú no se ha sacrificado por nadie sinó por sí mismo. La alianza con Bolivia fué obra de la previsión del señor don Manuel Pardo, presidente peruano, que pensó reemplazar con ventaja á los blindados propuestos por el contra-almirante Montero y otros al Senado, con los dos arietes como él llamaba á la República Argentina y á Bolivia unidos á su país.

La guerra de aquel pueblo con Chile venía de una manera fatal é inevitable, llámense las causas hostilidad á las harinas chilenas para proteger á las peruanas, llámese monopolio del salitre y expropiación fiscal de las salitreras de Tarapacá, ó llámese, en fin, recelos viejos, preponderancias disputadas, antagonismos que se traducían en frecuentes armamentos terrestres y marítimos realizados por cada uno mejorando siempre lo que hacía el otro, desde la época del previsor Gran Mariscal y astuto político don Ramón Castilla. Hacía diez años que bajo la sagaz administración Errázuriz, Chile enriquecía sus arsenales y tornaba

en aguerridas á sus milicias, no ciertamente para lanzarlas contra Bolivia que no la embarazaba en manera alguna, ni podia oponer barcos de guerra al Cochrane y al Blanco poderosos, sinó contra esa rival que le arrojaba constantemente su preponderancia al rostro. En la guerra Bolivia ha sido la causa determinante sin ser la causa eficiente. Desde los tabladillos de la plaza de Lima, decia el elocuente orador Fernando Casos, refiriéndose á la declaratoria de guerra: "El sobrescrito es para Bolivia, pero el contenido es para el Perú."

No es, pues, verdad que este no hubiese jugado en causa propia y legítima y no hay plena fé ni sinceridad cuando se rehusa responsabilidades con el pueril propósito de colgárselas al vecino. Sobre todo es ménos noble presentar al Perú abnegado como ha sido hasta el sacrificio, haciendo el quijote, sufriendo por causa ajena, cuando tan santa es la causa propia que sus hijos sellaron con raudales de sangre en los campos de batalla.

Pero lo raro es que el señor Suarez suponga aun subsistente el pacto de alianza sin acordarse de que el Perú ha tratado siempre por su sola cuenta y con exclusión de Bolivia. El gobierno de Chorrillos trató con la ocupación sin conocimiento de Bolivia; el pacto de Ancón fué conocido por la república aliada en las publicaciones de la prensa, y sería largo enumerar los infinitos casos que manifiestan la ruptura de esos lazos por el lado del Perú y la aceptación tácita de su ex-aliada. Esta no quiso tratar nunca con prescindencia del

Perú (nos consta personalmente) y la ayudó hasta sus últimos baluartes de Arequipa, en donde se halló frente á los chilenos una brigada de artillería Krupp boliviana, al mando del sargento Mayor Corral Alcérreca. Los diplomáticos peruanos encontraron en todo tiempo fidelísima á Bolivia y lo proclamaron así en los escritos de su cancillería y en los brindis de sus banquetes.

Notables fueron las palabras del actual presidente de Bolivia doctor Baptista, cuando en pleno congreso pintó, siendo senador, con rasgos gráficos esa lealtad hasta el sentimiento de Bolivia para el Perú. Y sin embargo la alianza estaba del todo rota en cuanto á las obligaciones pactadas. La derrota había cancelado sus estipulaciones.

No es ménos inexacta la comparación que hace el señor Suarez entre los territorios de Tacna y Arica y los de la Alsacia y Lorena. Si la Francia hubiese estipulado plebiscito con 10 años de plazo, la Francia hubiera cubierto veinte veces el precio del rescate de sus cautivos y hubiera trabajado sin cesar para alcanzar mayoría en la votación del pueblo.

El Perú puede recobrar Tacna y Arica; hacer como hiciera la Francia, no están perdidos, ni adjudicados sus territorios á Chile; depende de la voluntad, de la energía y del patriotismo peruanos la decisión favorable, y no es elevado y digno para sus hijos entregarse á lamentaciones, renunciando á los esfuerzos, y mostrar energía, no contra el despojo ni contra los despojadores, si los

hay en plebiscito, es decir, en decisión popular tenida por legítima, sinó contra los que pudieran ser nuevos poseedores ó propietarios, á quienes desde ahora se les califica de desleales.

Finalmente, cree el señor Suarez que Chile perspicaz gustaría de entregar á Bolivia con las regiones disputadas, la eterna manzana de discordia con su aliada. Por mal que juzgáramos á Chile, tendríamos que rendir justicia á su sensatez y á su celosa dignidad cuando trata asuntos internacionales. Ya lo dijimos ántes, Chile sabe á dónde vá y Bolivia es un país al cual se le ha enrostrado su falta de adelantos materiales y su tardío ingreso en las conquistas industriales modernas, pero nunca las locuras de su diplomacia, ni la ligereza de sus hombres de estado, ni la imprevisión en los conflictos del porvenir, ni finalmente la falta de entereza para sostener lo que considera su derecho lejítimamente adquirido.

Debemos, pues, discurrir en el terreno práctico, formulando previsiones posibles y no sentimentalismos que ya están fuera del día, como lo está todo lo que no es real y pretende sostener un convencionalismo absurdo. El amor á la patria se diferencia de los demás en que no es ciego, aun siendo el primero de todos.

B. G.



DE LA EDICION.

Hacemos notar al lector que en el cuerpo de este folleto faltan dos anotaciones, que el autor las había escrito cuando las partes objetos de ellas se hallaban ya en prensa, en los talleres de *El Nacional*.

A fin de salvar omisión tan involuntaria, damos en seguida las dos anotaciones á que hacemos referencia, advirtiendo que la primera es al tercer *aparte* de la página 41; y la segunda al primer *aparte* de la página 48.

Hélos aquí:

(1) Un testigo presencial, un actor, mejor dicho, el señor Alberto del Solar, oficial subalterno del Esmeralda entónces, y hoy distinguido escritor y literato chileno, altamente colocado en la sociedad de Buenos Aires, refiere el siguiente episodio en un sensato y muy ameno libro titulado *Página de mi diario de campaña, recuerdos íntimos de la guerra del Pacífico*, publicado en París en 1886 y que el autor se ha dignado enviarnos como presente y para confirmación de la verdad de nuestras narraciones: «Afianzadas las armas (pues teníamos orden de no hacer fuego hasta no encontrarnos á distancia en que hubiera seguridad de no perder los tiros de que nos hallábamos escasos) habíamos adelantado solo unos cuantos metros por el llano, cuando vimos aparecer por nuestra derecha, al galope tendido de un brioso alazan, al capellan general del ejército, don Florencio Fontecilla, quien llegándose á los jefes les pidió hicieran alto algunos segundos para decir dos palabras á los soldados de los regimientos.

Asequible á tan justo deseo y dando el primero el ejemplo de descubrirse, el comandante Holley ordenó rendir armas.

¡Nada más imponente que aquella ceremonia! Noventa y dos soldados, resueltos á morir, ántes que inclinar su cabeza en presencia de todo un ejército enemigo, á un redoble de tambor caían respetuosos de rodillas á los piés de un solo hombre, sin otras insignias que la cruz roja sobre el hábito, y se descubrían con reverencia para recibir la absolución de sus manos..... Volvióse á afianzar, resonaron de nuevo los redobles de las cajas en

medio de ¡vivas! atronadores, la banda preludió los primeros compases del himno nacional y la línea se puso otra vez en marcha.....»

Y entrando ya en plena batalla, agrega estos párrafos que son una confirmación más de la verdad, estando esta misma apoyada por otra relación publicada por el oficial argentino de Már-mol:

«En aquellos momentos y cuando nos preparábamos á caer sobre la segunda línea de trincheras la vimos coronarse, tñpiéndose por decirlo así, de casacas rojas.— Eran los famosos *colorados de Daza*, enviados, según se supo más tarde, en reemplazo de los fugitivos del batallón peruano *Victoria* que acababa de ceder, dispersándose.

Los bravos bolivianos se apoderaron en un segundo de los parapetos y desde allí empezaron á hacernos, con el ímpetu natural de una tropa que entraba de refresco al combate, un fuego vivísimo que durante largo tiempo contuvo nuestro ataque; pero sin hacernos ceder hasta entónccs el terreno ganado.

La situación se hizo terrible.

Quemados los últimos cartuchos, diezmadas nuestras filas, cayéndonos de fatiga, no nos era posible sostenernos más. En vano mirábamos hácia atrás para si las divisiones que debían apoyarnos entraban ya en la línea del combate; muy lejanas aún, comprendimos que no les sería posible reunirnos ántes de muchos minutos. Y en esos momentos qué largos nos parecen los segundos!.....

¿Qué hacer?

Esta fué la pregunta que todos se dirigieron.

No había más remedio que sacrificarnos todos.

Impuestos, sin duda alguna, los jefes onemigos, del estado de suprema angustia en que nos encontrábamos, dieron la orden de atacar. Hasta entónccs se habian mantenido á la defensiva, cediendo terreno: de modo que al salir de sus trincheras en formación perfectamente regular, comprendimos solamente cuán formidable debería ser ese ataque.

Aparte de la ventaja real que les daba su número y condiciones, tenían la de combatir avanzando cuesta abajo, al revés de nosotros que debíamos sostener y rechazar su empuje sobre un plano inclinado, subiendo ó manteniéndonos firmes:

Esto fué lo que hicimos.

Resueltos á vender caras nuestras vidas, cerrámonos estrechándonos firmemente y, siempre haciendo disparos, tratamos de resistir el choque...»

(1) Creyendo que es de estricta justicia para con los argentinos que hicieron aquella memorable campaña, recordar el

abnegado valor con que en tierra extraña sostuvieron el honor de su bandera, consignamos hoy la siguiente nota con nombres y puestos militares:

«Capitan Florencio de Mármol: en un escuadrón de la escolta presidencial Coraceros de Bolivia, practicó algunas correrías por Sama y otros puntos y asistió á la batalla de Tacna sin tomar en ella participación activa, por hallarse enfermo con terciana.

Teniente Pedro Toscano, que en San Francisco salvó la bandera del Ayacucho, que guardaba oculta, pasándola por entre el enemigo, y la condujo hasta Arica, en donde la entregó á su batallón, en la batalla de Tacna recibió una contusión de bala en el cuello;

Teniente Gualberto V. Ruiz: en el escuadrón Libres, boliviano, desempeñó algunas comisiones al oeste de Tupiza y Santiago de Cotagaita, marchando despues en el batallón Chorolque hasta Tacna; se halló en la batalla y salió herido con dos balazos.

Teniente Manuel I. Córdova: se incorporó en Tacna al regimiento de artillería de Bolivia y se halló en Arica durante dos bombardeos, haciendo en la misma la campaña de Camarones en donde pasó al batallón Alianza 1.º de Bolivia [colorados]. En la batalla de Tacna tomó una enseña al enemigo. Figura este hecho en el parte del jefe del mismo coronel Ildelfonso Murguía; y finalmente los señores mayores Eduardo H. Ruiz, Valentín Espejo y N. Rodríguez, que se incorporaron al ejército de Lima y estuvieron en las batallas de Chorrillos y Miraflores.





UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3017855380

0 5917 3017855380